



ANTONIO ESCOHOTADO

# Las drogas

## De los orígenes a la prohibición



Alianza Editorial

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte  
*Fumadores de opio en Francia.* Colección particular. París.  
Fotografía: Oronoz

© Antonio Escohotado  
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1994  
Calle J. I. Luca de Tena, 15, 28027 Madrid; telef. 741 66 00  
ISBN: 84-206-4640-7  
Depósito legal: B.19715-1994  
Impreso en Novoprint, S.A.  
*Printed in Spain*

## I. La Antigüedad remota

Las plantaciones de adormidera en el sur de España y de Grecia, en el noroeste de África, en Egipto y en Mesopotamia son probablemente las más antiguas del planeta. Eso explica que su opio tenga dos y hasta tres veces más morfina que el de Extremo Oriente.

La primera noticia escrita sobre esta planta aparece en tablillas sumerias del tercer milenio a.C., mediante una palabra que significa también «gozar». Cabezas de adormidera aparecen también en los cilindros babilónicos más antiguos, así como en imágenes de la cultura cretense-micénica. Jeroglíficos egipcios mencionan ya el jugo extraído de estas cabezas —el opio—, y lo recomiendan como analgésico y calmante, tanto en pomadas como por vía rectal y oral. Uno de sus empleos reconocidos, según el famoso papiro de Ebers, es «evitar que los bebés griten fuerte». El opio egipcio o «tebaico» simboliza máxima calidad en toda la cuenca mediterránea, y aparece mencionado ya por Homero —en la *Odisea*— como algo que «hace olvidar cualquier pena».

1. Si el cultivo de adormidera parece originario de Europa y Asia Menor, el de cáñamo remite a China. Los primeros restos de esa fibra (fechables hacia el 4000

a.C.) se han encontrado allí, y un milenio después en el Turquestán. Un tratado chino de medicina —escrito en el siglo I, aunque sobre materiales que dicen remontarse al legendario *Shen Nung*, redactado treinta siglos antes— afirma que «el cáñamo tomado en exceso hace ver monstruos, pero si se usa largo tiempo puede comunicar con los espíritus y aligerar el cuerpo».

Inmemorial es también el empleo del cáñamo en India. El *Atharva Veda* considera que la planta brotó cuando cayeron del cielo gotas de ambrosía. La tradición brahmánica cree que agiliza la mente, otorgando larga vida y deseos sexuales potenciados. También las principales ramas del budismo celebraron sus virtudes para la meditación. En usos médicos, la planta formaba parte de tratamientos para oftalmia, fiebre, insomnio, tos seca y disentería.

La primera referencia mesopotámica al cáñamo no se produce hasta el siglo IX a.C., en tiempos de dominio asirio, y menciona su empleo como incienso ceremonial. El brasero abierto era ya frecuente entre los escitas, que arrojaban grandes trozos de haschish sobre piedras calentadas y precintaban el recinto para impedir la salida del humo. Una técnica parecida usaban los egipcios para su *kyphy*, otro incienso ceremonial cargado con resina de cáñamo.

El cultivo del cáñamo es también muy antiguo en Europa occidental, según datos paleobotánicos. Ya en el siglo VII a.C. los celtas exportan desde su enclave de Massilia (Marsella) cuerdas y estopa de cáñamo a todo el Mediterráneo. Muchas pipas (y la propia casta de los druidas, expertos en filtros y medicamentos) indican que esa cultura conoció su empleo como droga.

2. El uso de solanáceas alucinógenas —beleño, belladona, daturas y mandrágora— también se remonta a viejos testimonios en Medio y Extremo Oriente, aunque la variedad y cantidad de este tipo de plantas sea muy alta en Europa. El dios galo Belenus es el origen de la palabra «beleño». Ligadas tradicionalmente con el brujo y su oficio, a estas plantas se atribuyen fenómenos de levitación, fantásticas proezas físicas, telepatía y delirios, cuando no la muerte por intoxicación aguda. A juzgar por los sabbats del Medievo, quizá fueron los druidas antiguos quienes aprendieron a dominar estas violentas drogas, empleándolas en contextos tanto ceremoniales como terapéuticos, al igual que para hacer filtros.

América no conoce el beleño, la mandrágora y la belladona hasta el Descubrimiento, pero sí son autóctonas allí daturas (de la especie *Brugmansia*), y ante todo el tabaco, otra solanácea psicoactiva que es la droga reina del continente. Con fines recreativos, religiosos y terapéuticos, así como en ritos de pasaje, tabacos de mayor o menor potencia se mascan, fuman y beben desde Canadá a la Patagonia.

3. Sobre las plantas de tipo visionario no hay en Europa ni en Asia testimonios antiguos tan claros. Sólo los chamanes de Siberia y otras zonas septentrionales de Europa parecen haber mantenido desde siempre usos rituales de setas psicoactivas.

En América, sin embargo, se conocen docenas de plantas muy visionarias. Ya en asentamientos preagrícolas —del séptimo milenio anterior a nuestra era—, se han encontrado semillas correspondientes a esta familia. A partir del siglo x a.C. hay piedras-hongo entre los monumentos de la cultura de Izapa, en la actual Guatemala,

que seguirán esculpiéndose por distintos puntos de Mesoamérica durante más de mil años. Al siglo x a.C. se remontan también deidades de la cultura chavín, cuya sede fue el actual Perú, que en algunas tallas de piedra sujetan un cacto visionario. Al siglo iv a.C. pertenece una pipa en cerámica con forma de venado, que tiene entre los dientes un botón de peyote.

Pictóricas y escultóricas, las obras maestras americanas relacionadas con este grupo de drogas no tienen paralelo en la Antigüedad; entre las más asombrosas están el mural de Tepantitla, en uno de los templos de Tenochtitlán, y la estatua de Xochipilli, dios de las flores, cuyo cuerpo y peana aparecen recubiertos por plantas psicoactivas.

En África, donde los estudios de campo son todavía muy insuficientes, es sin duda autóctona la iboga, que la etnia fang venera en ceremoniales parecidos a los del peyote entre huicholes mexicanos. Su principio activo pertenece a la misma familia de la LSD 25.

4. Los estimulantes puros, basados en drogas como cafeína y cocaína, hunden igualmente su uso en la noche de los tiempos. El arbusto del coca es originario de los Andes, y desde el siglo iii a.C. hay esculturas de rostros con las mejillas hinchadas por la masticación de sus hojas. También son americanos el guaraná y el mate (que contienen cafeína), y el cacao (que contiene teobromina, una sustancia muy afín). En India e Indonesia se obtienen efectos muy análogos gracias al betel, una droga poco conocida en Occidente pero mascada hoy por una décima parte de la población mundial. En China usan desde hace cuatro o cinco milenios el té —que contiene cafeína y teína— y la efedra, un estimulante mucho más

concentrado. De África son originarios la nuez de cola, un estimulante cafeínico que prolifera en la costa occidental, y el kat, un arbusto que se consume en Yemen, Somalia y Etiopía. Aunque el café es arábigo en origen, su hallazgo como tal droga se producirá muy tarde, hacia el siglo x de nuestra era. Europa y Oriente Medio son las zonas que menos estimulantes vegetales conocen en la Antigüedad.

El efecto genérico de estas drogas es una inyección de energía, que faculta para comer menos y trabajar más. Nunca sirvieron para producir trances de posesión o viaje, y son desde los comienzos fármacos profanos, que el acomodado usa por gusto y el pobre por necesidad. En la naturaleza del efecto está también que su usuario sea un usuario regular, y recurra a ellas varias veces al día.

5. Las plantas productoras de alcohol son prácticamente infinitas. Para obtener una tosca cerveza basta masticar algún fruto y luego escupirlo; la fermentación espontánea de la saliva y el vegetal producirá alcohol de baja graduación.

Una tablilla cuneiforme del 2200 a.C. recomienda ya cerveza como tónico para mujeres en estado de lactancia. Poco más tarde, hacia el 2000 a.C., cierto papiro egipcio contiene el mensaje: «Yo, tu superior, te prohíbo acudir a tabernas. Estás degradado como las bestias.» En otro papiro hallamos la admonición de un padre a su hijo: «Me dicen que abandonas el estudio, que vagas de calleja en calleja. La cerveza es la perdición de tu alma.» Pero cervezas y vinos están en el 15 % de los tratamientos conservados, cosa notable en una farmacopea tan sofisticada como la del antiguo Egipto, que conoce casi 800 drogas distintas.



Poco más tarde, en el siglo XVIII a.C., la negra estela de diorita que conserva el código del rey babilonio Hammurabi protege a bebedores de cerveza y vino de palma: su ordenanza 108 manda ejecutar (por inmersión) a «la tabernera que rebaje la calidad de la bebida». Rara vez se ha ensayado un remedio tan enérgico contra la adulteración de una droga.

Numerosísimas son las referencias al vino en la Biblia hebrea. Tras el Diluvio viene el episodio de Noé, que «se embriagó y se desnudó» (IX, 20-21). Unos capítulos más tarde la desinhibidora droga reaparece en la seducción de Lot por sus hijas. El *Levítico* prohíbe al rabino estar borracho cuando oficia el culto o delibera sobre justicia, pero la actitud hacia el vino —expuesta en el Salmo 104, que lo canta con acentos casi báquicos— es sin duda positiva. De ahí que sea imposible cumplir la Ley siendo abstemio, pues en todas las ocasiones de señalada importancia social (circuncisión, fiestas, matrimonios, banquetes por el alma de los difuntos) es correcto apurar al menos un vaso.

Sin embargo, el Antiguo Testamento distingue puntualmente entre vino y «bebida fuerte». Isaías y Amós —los profetas más críticos con borracheras de reyes y jueces— hablan casi siempre de «bebidas fuertes», cosa que desde luego no se refiere a caldos de mayor graduación alcohólica (pues los aguardientes sólo aparecerán milenios después), sino a vinos y cervezas cargados con extractos de alguna otra droga, o varias. Hay en Asia Menor tradiciones sobre mezclas semejantes —empezando por el *vino resinato* al que aluden Demócrito y Galeno—, y ese tipo de práctica explica varios enigmas; por ejemplo, la mención de Homero a vinos que podían ser diluidos en 20 partes de agua (*Odisea*, IX, 208-211), la

de Eurípides a otros que requerían al menos ocho para evitar el riesgo de enfermedad o muerte (*Cíclopes*, 145 y ss.), y noticias sobre banquetes. Como bastaban tres copas pequeñas para quedar al borde del delirio, un maestro de ceremonias fijaba —consultando con el anfitrión— el grado deseable de ebriedad para los asistentes.

Esa actitud básicamente favorable al alcohol tiene su exacto opuesto en la religión de la India desde sus primeros himnos. *Sura*, el nombre de las bebidas alcohólicas en sánscrito, simboliza «falsedad, miseria, tinieblas» (*Satapatha Brahmana*, V.1.2.10), y seguirá simbolizándolo en el brahmanismo postvédico. Tampoco serán gratas las bebidas alcohólicas al budismo, aunque por diferentes razones; el santón budista prefiere el cáñamo como vehículo de ebriedad, mientras el brahmán guarda una sociedad rigurosamente cerrada, donde desinhibidores tan poderosos como las bebidas alcohólicas amenazan el principio de incomunicación absoluta entre castas.

No puede decirse lo mismo de China y Japón, territorios muy afectos al vino de arroz —al parecer desde siempre.

De África apenas sabemos nada en este aspecto, salvo que no hay tradiciones vinícolas y sí muchas cervezas, hechas a partir de distintos vegetales.

En formas como el pulque, también América conoce fermentaciones alcohólicas de baja graduación desde los orígenes. Pero no hay allí vides cultivadas hasta el segundo viaje de Colón.

## II. El mundo griego

Hasta las *polis* o ciudades-estado griegas, las únicas opciones humanas son el nómada autosuficiente, que vive en pequeños grupos rodeado por grandes territorios vírgenes, o el hombre-hormiga de las grandes culturas agrícolas y urbanas, sometido a la arbitrariedad de un rey-dios y a rígidos sistemas de castas. Pero los griegos inauguran un tipo intermedio de sociedad, donde niveles densos de población son compatibles con un escrupuloso respeto por la libertad individual. Su resultado será una eclosión deslumbrante de conocimientos y expresiones artísticas.

1. Terapéuticamente, el reflejo de esta actitud es la escuela hipocrática, que presenta la enfermedad y la cura como resultado de procesos naturales. Al deslindar sus actos de la magia y la religión, el hipocrático niega validez a cualquier cura basada en una transferencia simbólica del mal desde alguien a otro, rompiendo así con la institución del chivo expiatorio.

Las drogas ya no son cosas sobrenaturales, sino —como dice el *Corpus hippocraticum*— «substancias que actúan enfriando, calentando, secando, humedeciendo, contrayendo y relajando, o haciendo dormir» (IV, 246).

En su naturaleza está curar amenazando al organismo, como cura el fuego una herida al desinfectarla, o como soluciona alguna patología el bisturí de un cirujano. Lo esencial en cada una es la proporción entre dosis activa y dosis letal, pues sólo la cantidad distingue al remedio del veneno.

Teofrasto —un discípulo directo de Aristóteles, autor del primer tratado de botánica conocido— expone con claridad este punto de vista al hablar de la *datura metel* (una de las solanáceas más activas), en los siguientes términos:

Se administra una dracma si el paciente debe tan sólo animarse y pensar bien de sí mismo; el doble si debe delirar y sufrir alucinaciones; el triple si ha de quedar permanentemente loco; se administrará una dosis cuádruple si debe morir (*Hist. plant.*, IX, 11, 6).

Nicandro de Colofón, un «farmacópolo» o experto en drogas del siglo II a.C., evalúa el margen de seguridad para el opio de modo parecido.

Los griegos percibieron también el fenómeno que hoy llamamos tolerancia, aunque en vez de ver allí las huellas de un hábito indeseable vieron, más bien, un mecanismo de autoinmunización. Según Teofrasto:

Parece que algunas drogas son tóxicas debido a la falta de familiaridad, y quizá sea más exacto decir que la familiaridad les quita su veneno, porque dejan de intoxicar cuando nuestra constitución las ha aceptado y prevalece sobre ellas (*Hist. plant.*, IX, 17, 2).

2. Además de vinos y cervezas, los griegos usaron con fines ceremoniales y lúdicos el cáñamo y otras sola-

náceas (beleño, belladona, mandrágora), en ocasiones mediante sahumeros o inciensos. Conocían también un extracto de haschish con vino y mirra para estimular reuniones privadas.

Sin embargo, ninguna droga tuvo una popularidad comparable al opio. En tiempos de Hesíodo, la ciudad que luego se llamaría Sición se llamaba Mekone (esto es: adormidera), y la planta fue siempre un símbolo de Démeter, diosa de la fecundidad. Las casadas sin hijos portaban broches y alfileres con la forma de su fruto, y los enamorados restregaban pétalos secos para averiguar por los chasquidos el futuro de su relación.

Su empleo médico se remonta quizá a los primeros templos de Esculapio, instituciones algo parecidas a nuestros hospitales, donde nada más llegar los pacientes eran sometidos a una *incubatio* o «ensueño sanador». El tratado hipocrático sobre la histeria —trastorno que los griegos atribuían a «sofocaciones uterinas», anticipando a Freud— recomienda opio como tratamiento. De Hipócrates le viene en realidad el nombre a esta droga, que traduce *opós mekonos*: «jugo de adormidera». Heráclides de Tarento —médico de Filipo, padre de Alejandro Magno— contribuyó a fomentar su difusión, preconizándolo para «calmar cualquier dolor».

4. El envenenamiento obsesionaba en la Antigüedad, sobre todo a los opulentos, y ese temor impulsó la búsqueda de un antídoto —la *theriaka* o triaca—, que tomado cotidianamente inmunizara al usuario. Lo notable es que, junto a puros venenos —como cicuta y acónito, en dosis homeopáticas—, y a muchas otras sustancias (vegetales, animales y minerales), el opio forma parte de todos estos preparados. Hay mil clases de triacas,

más cara y enrevesada cada una que la previa, pero ninguna prescinde de él; cuando Galeno confeccione su Antídoto Magno, en el siglo II, la proporción de jugo de adormidera ha crecido hasta ser un 40 % del total.

Sin embargo, falta en Grecia quien considere el opio como panacea, y también como cosa despreciable. Desde tiempos de Herodoto —donde hallamos la primera mención explícita a esta droga— hasta los autores de triacas no hay una sola noticia de alguien envilecido por su uso.

5. Este apacible empleo de diversas drogas no significa que los griegos ignoren un «problema de toxicomanía», como hoy decimos. Lo que les diferencia a ellos de nosotros es que la peligrosidad social e individual de las drogas se concentró en el vino. Símbolo de Dioniso, un dios-planta que suspende las fronteras de la identidad personal e invoca a periódicas orgías, el vino irrumpió en Grecia —usando las palabras de Nietzsche— como «un extraño terrible, capaz de reducir a ruinas la casa que le ofrecía abrigo».

Esas tensiones son el tema de *Las bacantes*, el drama de Eurípides. Penteo, tirano de Tebas, decide que el culto a un «extranjero» como Dioniso-Baco merece la muerte, y tras una serie de peripecias —disfrazado de mujer, pero descubierto— acaba siendo comido crudo por su propia madre y sus tías, que habían escapado a los bosques con otras mujeres para celebrar con bacanales la fusión de lo visible y lo invisible, lo viril y lo femenino, el delirio de posesión y la suprema lucidez, pero que tras descuartizar a Penteo recobran su conciencia rutinaria. La tragedia se cierra con un canto de retractación; el dios de la vid es reconocido como tal dios, y será apaciguado

con ceremonias públicas periódicas. De hecho, ya sucedía eso al estrenarse *Las bacantes*: cuatro veces al año —en diciembre, en enero, en marzo y en abril— Atenas celebraba varios días de fiestas dionisiacas, que no imponían la promiscuidad a nadie, pero sí prohibían que alguien impusiera la castidad a cualquier otro, fuese cual fuese su sexo.

Las escuelas filosóficas debatían básicamente dos cuestiones. En general, si el vino había sido otorgado a los humanos para enloquecerles o por su bien y, en particular, si —como afirmaban los estoicos— el sabio podía beber sin límite, hasta caer dormido, antes de verse llevado a alguna necesidad. Ese aguante exhibe el Sócrates platónico, desde luego, aunque peripatéticos y epicúreos —más realistas— consideraban imposible guardar la cordura por encima de cierta dosis. En lo que respecta a la naturaleza misma del vino, aunque no le falten detractores ilustres (desde Hesíodo a Lucrecio), lo habitual es creer que constituye un «espíritu neutro», capaz de producir bienes o males atendiendo a cada individuo y ocasión. Uno de sus grandes abogados fue Platón, que dice en *Las leyes*:

¡No vilipendemos el regalo recibido de Dioniso, pretendiendo que es un mal obsequio y no merece que una república acepte su introducción! Bastará una ley que prohíba a los jóvenes probar vino hasta los dieciocho años, y hasta los treinta prescriba que el hombre lo pruebe con medida, evitando radicalmente embriagarse por beber en exceso. A partir de los cuarenta nuestra ley permitirá invocar en banquetes a todos los dioses y, va de suyo, una especial invocación dirigida a Dioniso, en vista de ese vino que, a la vez sacramento y solaz para los hombres de edad, les ha sido otorgado por el dios como un fármaco para el rigor de la vejez, para rejuvenecernos, haciendo que el olvido de lo

que aflige al anciano descargue su alma de rudeza, y le preste más jovialidad (671 a, 666 a-c).

6. Para completar esta perspectiva del mundo griego es preciso aludir a los Misterios de Eleusis, que se fundaron en fecha muy temprana —antes de redactarse los poemas homéricos, sin duda—, y fueron durante más de un milenio el símbolo espiritual de su cultura. Sabemos que la iniciación acontecía en otoño, de noche, y que los peregrinos —llamados *mystes* o testigos presenciales— recibían una pócima (el *kykeón*) compuesta por «harina y menta»; juraban también por su vida guardar absoluto secreto sobre el detalle de la experiencia.

La iniciación sólo se vedaba a los homicidas, y acudieron reyes, cortesanas, mercaderes, poetas, siervos, gentes de muy variado oficio y procedencia. Entre ellos había personas con la capacidad intelectual de Sófocles, Píndaro, Platón, Aristóteles y Marco Aurelio. En el siglo II sabemos que cada otoño acudían entre dos y tres mil peregrinos. Cicerón, uno de los iniciados, dejó dicho que:

Los Misterios nos dieron la vida, el alimento; enseñaron a las sociedades las costumbres y las leyes, enseñaron a los hombres a vivir como tales (*De. leg.*, II).

El *kykeón* eleusino pudo contener harina parasitizada por un hongo visionario (el cornezuelo), que hoy sigue creciendo en la llanura rariana, cerca de Atenas, donde se celebraban los ritos. Es un cornezuelo mucho menos tóxico que el de otras regiones europeas, aunque intensamente psicoactivo, y suponer que fue usado por los administradores del santuario explica —sin recurrir a mi-



lagros y a mera credulidad— el hondo e infalible efecto de la iniciación.

7. La religión eleusina —basada sobre un solo acto de gran intensidad, orientado a producir una experiencia extática de muerte y resurrección— fue quizá una ingeniosa adaptación de viejos ritos chamánicos a la cultura nueva que Grecia empezaba a ser, como un puente entre cultos naturales, propios de aldeas, y el formalismo de los cultos civiles propios de aquellas ciudades que el desarrollo agrícola y comercial iba consolidando. Pero el modelo de Eleusis tuvo un inmenso éxito en toda la cuenca mediterránea, y a su sombra florecerán Misterios localizados —los de Sabazios y Samotracia, por ejemplo— tanto como Misterios itinerantes, dedicados a Baco, Isis, Mitra, Attis y otros dioses, que abrían templos allí donde fuesen solicitados por una feligresía suficiente.

Todos guardaban estricto secreto sobre el detalle de la iniciación, y todos administraban algún equivalente del *kykeón* sacramental. Algunos —como los Misterios egipcios, o de Isis— fueron diseñados por un miembro de la familia eumólpida, administradora perpetua del santuario eleusino.

### III. El mundo romano

El criterio de esta civilización en materia de drogas se calca del griego. La *lex Cornelia*, único precepto general sobre el tema, vigente desde tiempos republicanos hasta la decadencia del Imperio, dice:

Droga es una palabra indiferente, donde cabe tanto lo que sirve para matar como lo que sirve para curar, y los filtros de amor, pero esta ley sólo reprueba lo usado para matar a alguien.

Sabemos que en tiempos de los césares no era infrecuente fumar flores de cáñamo hembra (marihuana) en reuniones —para «incitar a la hilaridad y el disfrute»—, costumbre que pudo venir tanto de la sociedad ateniense como de los celtas. Hay también un edicto del emperador Alejandro Severo, que como consecuencia de algunas intoxicaciones prohíbe usar datura estramonio y polvo de cantárida o mosca española en burdeles napolitanos. Sin embargo, las plantas fundamentales de Roma fueron la adormidera y la vid.

1. Dicen que siguiendo recomendaciones de Galeno, su médico, Marco Aurelioabría las mañanas con una

porción de opio «grande como un haba de Egipto y desleída en vino tibio». Prácticamente todos sus antecesores en el trono del Imperio usaban a diario triacas. Nerva, Trajano, Adriano, Septimio Severo y Caracalla emplearon opio puro en terapia agónica y como eutanásico. Lo mismo hicieron incontables ciudadanos romanos, patricios y plebeyos, pues eso se consideraba una prueba de grandeza moral.

En su *Materia médica*, que es el tratado farmacológico más influyente de la Antigüedad, Dioscórides describe el opio como algo que «quita totalmente el dolor, mitiga la tos, refrena los flujos estomacales y se aplica a quienes dormir no pueden». Por él —y por otros muchos escritores romanos— sabemos también que la demanda de esta droga excedía la oferta, siendo frecuente su adulteración.

Pero es interesante saber que —como la harina— el opio fue durante el Imperio un bien de precio controlado, con el cual no se permitía especular. En el año 301, un edicto de Diocleciano sobre precios fija el del *modius* castrense (una vasija con capacidad para 17,5 litros) en 150 denarios, cuantía módica teniendo en cuenta que el kilo de haschisch (una mercancía de precio libre) cuesta entonces 80 denarios. Poco después, en el año 312, un censo revela que hay 793 tiendas dedicadas a vender el producto en la ciudad de Roma, y que su volumen de negocio representa el 15 % de toda la recaudación fiscal.

Con todo, este formidable consumo no crea problemas de orden público o privado. Aunque se cuentan por millones, los usuarios regulares de opio no existen ni como casos clínicos ni como marginados sociales. La costumbre de tomar esta droga no se distingue de cualquier otra costumbre —como madrugar o trasnochar, hacer mu-

cho o poco ejercicio, pasar la mayor parte del tiempo dentro o fuera de casa—, y de ahí que no haya en latín expresión equivalente a «opiómano», si bien hay al menos una docena de palabras para designar al dipsómano o alcohólico.

2. El vino sí suscitará conflictos personales y colectivos. Los romanos eran bastante afectos a beber, aunque una costumbre inmemorial excluía a mujeres y menores de treinta años. Tito Livio cuenta cómo un patricio mató a su esposa cuando la descubrió bebiendo, y refiere también el caso de una infeliz soltera, condenada por su familia a morir de hambre porque fue hallada abriendo el armario donde estaban las llaves de la bodega.

Como actualizando el tema dramatizado por Eurípides en *Las bacantes*, el cónsul Espurio Postumio persiguió en el 186 a.C. a cualquier persona relacionada con los Misterios de Baco, un culto que llevaba algunas décadas celebrándose en Roma. Tras forzar con amenazas a un testigo, y establecer altas recompensas para delatores, Postumio cerró las puertas de Roma e hizo que fuesen pasadas a cuchillo o crucificadas unas 7.000 personas, sin otorgar a ninguna las garantías del procedimiento judicial romano.

Seis años más tarde, un magistrado se quejaba de que «tras 3.000 nuevas condenas no se ve ni con mucho el fin de este monstruoso proceso». En realidad, la llamada peste dionisiaca duró exactamente tanto como su persecución, y cesó cuando Baco fue asimilado de modo oficial a Liber, el viejo dios romano. Mirando hacia atrás, el historiador se pregunta por qué los horrores imputados a sus fieles no hubieron de probarse como cualquier otro crimen, por qué en vez de denunciarlos alguna vícti-

ma concreta (o sus deudos) sólo se animaron a hacerlo delatores recompensados, y por qué el secreto y la tortura presidieron el procedimiento en todo instante.

Buena parte de la respuesta es política: poco después comenzarían las guerras civiles romanas, y cazar fieles de Baco sirvió para deshacerse de enemigos determinados, no menos que para intimidar al pueblo en general; como siempre, la cura operada gracias a algún chivo expiatorio exige suspender las reglas del derecho, y hasta las del sentido común. Pero la gran trascendencia del senadoconsulto contra bacanales deriva de que no llegó nunca a derogarse, y siglos más tarde —con la misma falta de garantías para cualquier acusado— servirá para perseguir a los cristianos, otro culto misterioso de excepcional porvenir y muy ligado al vino.

## IV. El fin del paganismo

1. Al repasar noticias sobre culturas tan distintas, durante un período tan dilatado de tiempo, vuelve bajo diferentes nombres una idea de las drogas como espíritus neutros o imparciales, que al entrar en el individuo «intensifican las inclinaciones naturales, buenas o al revés» (Filón, *De plant.*, XLI, 171), y por eso mismo cooperan al autoconocimiento. De ahí la *sobria ebrietas* como meta, pues quien se educa en ella disfruta de la relajación con dignidad. Como añade Filón, «quienes no se permiten la ebriedad, y se consideran sobrios, son presa de las mismas emociones que el ebrio» (*De. ebr.*, XXXVIII, 161), pero desaprovechan su sagrado entusiasmo.

Siguiendo a Eurípides, el pagano piensa que la templanza pertenece a la naturaleza individual: Baco no obliga a las mujeres a ser castas, pero aquella que por naturaleza lo sea «participará en las orgías sin corromperse» (*Bac.*, v. 318). Ya Hipócrates aconsejaba «ceder a la ebriedad una o dos veces, de cuando en cuando», considerando que la relajación es cosa sana, terapéutica en sí misma.

Conviene no olvidar, sin embargo, que este convencimiento —esta confianza en la «naturaleza individual»— refleja una automedicación muy arraigada. Los terapeu-

tas pertenecen a miles de escuelas distintas —curan haciendo música, con números, con ensalmos, con fetiches, con astrología, con masajes, con plantas, con pura sugestión y con gimnasia—, y si en algo coinciden los hombres cultos de la Antigüedad es en buscar nociones de medicina empírica, para tratarse a sí mismos. La tónica del mundo grecorromano es expresada por Encolpio, protagonista principal del *Satiricón*, que cuando agota sus remedios caseros recurre a herboristas, «por resultar más seguro para la bolsa y la salud».

También es cierto que —con la ortodoxia brahmánica a la cabeza— no faltan tampoco quienes ven en las bebidas alcohólicas algo embrutecedor, que inclina a actos necios y orgías. Pero los propios brahmanes celebran la ebriedad alcanzada con otras drogas, como el cáñamo, y el alcohol no está legalmente prohibido allí, sino tan sólo mal visto. Hasta en Roma, una cultura inclinada a establecer penas feroces para cualquier transgresión, el tabú que separa a la mujer del vino no se encomienda a la ley, y su quebrantamiento sólo puede castigarlo —si así lo deseara— el *pater familias*. Esto deriva de una clara distinción entre derecho y moral: si la moral quisiera apoyarse en sanciones legales fomentaría hábitos hipócritas, y si el derecho quisiera sancionar una moral se haría sectario, fomentando el desprecio a sus leyes.

2. Semejantes convicciones —sobre neutralidad de las drogas, sobre ebriedad sobria, sobre automedicación y sobre las fronteras entre moral y derecho— sufren un colapso al cristianizarse el Imperio romano. Frente a sujetos vocacionales y con «poder», como los hechiceros y chamanes arcaicos, las castas ritualistas posteriores (pontífices romanos, basileos griegos, brahmanes, man-

darines confucianos, rabinos hebreos) exhiben el tono profesional de quienes no son individuos marginales, sino integrados. La religión que administran es también una «verdad revelada», pero bien distinta de la que administran la hechicería de posesión y de éxtasis: unos son cultos que se apoyan sobre experiencias aisladas, a veces únicas en la vida, mientras los otros se basan sobre el aprendizaje de credos y ceremoniales, siendo esencial un seguimiento que asegure la adhesión del fiel a una concepción del mundo y la conducta.

Durante mucho tiempo subsistieron sin entrar en abierto conflicto el sacerdocio ritual y la hechicería, cubriendo esferas distintas. Los basileos de la religión civil griega coexistían con hierofantes de Eleusis y otros altares, los pontífices romanos con oficiantes de numerosos Misterios, los mandarines confucianos con santones taoístas y budistas, los rabinos con profetas.

La guerra sin cuartel estallará cuando cierta secta —unida originalmente a trances arcaicos de comunión— aspire a administrar no sólo la religión natural sino la prosaica o civil. Esto se observa ya en el brahmanismo, donde los viejos «bebedores de soma» pasan más tarde a defender un culto esencialmente anti-extático. Pero se observa con mayor claridad aún en el cristianismo, un culto misterioso apoyado sobre banquetes periódicos con pan y vino, cuando la cuenca mediterránea lleva más de un milenio celebrando la harina como símbolo de Eleusis y el vino como símbolo de Baco.

3. En sus formas más antiguas, el rito eucarístico exigía duros ayunos previos —con otros Misterios paganos— y tras varios días a pan y agua un vaso de vino posee la eficacia de varios. Así era la eucaristía en la rama



copta, que fue la tendencia cristiana más pujante hasta ser condenada como herejía monofisita. La gran cantidad de copas halladas en las catacumbas —no pocas con la inscripción *bibe in pace* («bebe en paz») — sugieren también que el rito original pudo suscitar las «borracheras y fiestas estrepitosas» condenadas por San Pablo (*Ep. gal.*, 21), alimentando actitudes orientadas —según el propio apóstol— hacia «obras carnales, como la fornicación». A fines del siglo III, Novaciano —uno de los Padres de la Iglesia— fustiga el desordenado amor al vino que observaba entre sus correligionarios:

Se embriagan en ayunas, como si esto fuera presentar sacrificios al Hacedor. Y no sólo corren hacia los lugares de esparcimiento, sino que transportan consigo un lugar de esparcimiento permanente, pues su placer es beber.

El alivio de la rigidez, la «relajación» inducida por la ebriedad, había sido para el pagano uno de los grandes dones dionisiacos, admitido también por el Antiguo Testamento. Pero ahora es preciso —como dice San Pablo— liquidar todo estímulo a «conductas relajadas». De ahí que proliferen sectas rigurosamente abstemias, como los encráticos, los ticianos, los marcionitas y los acuarianos, para las cuales beber constituye pecado mortal; según sus tradiciones, cuando Lucifer cayó de los cielos se unió a la Tierra y produjo la vid. Lucifer y Baco son una misma persona.

La formalización del rito eucarístico comenzó reduciendo a mero símbolo el ayuno, para algo después reservar el vino al sacerdote. Esto permitió retener el núcleo de todas las religiones naturales —que es comer y beber del dios—, descartando al mismo tiempo las subs-

tancias que aseguraban un trance psíquico muy intenso. En vez de caer en trance lo que se exige es querer creer, pura fe. Aunque los sentidos no hayan notado diferencia antes y después de tragar la hostia bendita, la fe consuma el milagro de tener a Dios dentro, en forma física.

Este giro exigía borrar cualquier punto de comparación, cualesquiera comuniones no basadas sobre un esfuerzo de autosugestión. Todos los otros ritos místicos del Mediterráneo pasan a ser «tratos con potencias satánicas». Dios no tendrá ya nada de misterio vegetal y multiplicidad: será uno y trascendente, como la propia autoridad de la fe.

4. Sin embargo, no sólo los usos mágico-religiosos quedan sometidos a estigma. Para el pagano la euforia, tanto positiva (por obtención de contento) como negativa (por alivio de dolor), constituye un fin en sí. La euforia es sencillamente terapéutica, sana. La fe cristiana desea, en cambio, una medida considerable de aflicción, porque el dolor es grato a Dios mientras mortifique a «la carne»: lo que no sea aliviar patologías momentáneas es huida indigna ante desdichas que redimen al ser humano. Toda ebriedad implica debilidades culpables.

A esto se suma una condena de la eutanasia. La vida de cada uno no es suya sino de Dios, y —fuere por lo que fuere— quien acorte su existencia incurre en pecado mortal. La meta de una muerte a tiempo, la *mors tempestiva*, es tan condenable como sus agentes menos ásperos, que el droguero antiguo llamaba *tanatóforos* o liquidadores.

Sumado lo uno a lo otro, nada podía perjudicar más a la tradición farmacológica. Unos cuantos empleos inocentes, para males momentáneos y localizados, nada

eran comparados con la tentación de la euforia como fin en sí, sumada al peligro de cultos orgiásticos, hedonismo y eutanasia.

Estos principios obtendrán pronto consagración legal. Un edicto del emperador Valentiniano castiga con pena de muerte la celebración de «ceremonias nocturnas», o la asistencia a ellas, medida que implica ilegalizar todo rito místico de tipo extático. En el año 391 el obispo Teófilo insta la quema de la biblioteca de Alejandría, provocando la desaparición de unos 120.000 volúmenes, y a partir de entonces el número de archivos y textos destruidos resulta incalculable. El saber pagano —especialmente el relativo a drogas— se considera contaminado de brujería, mientras San Agustín declara que el afán científico es en sí «curiosidad malsana». Sucesivos Concilios mandan exterminar o vender como esclavos a los drogueros y a sus familias. Como indica un edicto del rey franco Childerico, el uso de «plantas diabólicas» es traición a la fe cristiana, y en una de sus capitulares Carlomagno llama al opio «obra de Satanás». Hacia el siglo x —cuando la Iglesia y el Imperio son una unidad sin fisuras— emplear drogas con fines terapéuticos puede ser sinónimo de herejía. Los medicamentos con mejor reputación entonces son la momia pulverizada de Egipto y el cuerno de unicornio molido, si bien se consideran mucho más eficaces aún las indulgencias vendidas por el clero, seguidas de cerca por santos óleos, agua y velas benditas. El droguero es un mago, y la magia está prohibida.

5. Mientras tanto, en cuatro siglos Europa ha retrocedido milenio y medio. Plagas del campo y la cabaña, catástrofes naturales, caos social, privilegios, barbarie y

continuos expolios se alían con invasiones de vikingos, magiares y sarracenos para producir una rápida feudalización. Muchas aldeas son abandonadas, otras quedan sometidas al aislamiento, los bosques se adueñan de grandes extensiones, la agricultura y la ganadería no producen excedentes capaces de sostener un verdadero comercio, la industria minera, la metalúrgica y la alimenticia sufren un colapso, las comunicaciones se hacen imposibles o demasiado peligrosas.

La prolongación de este estado de cosas sugiere causas para tanto desastre, que empiezan a encontrarse en brujas provocadoras de granizo, sequía y epidemias. Para entonces han resurgido tradiciones chamanísticas en núcleos aislados y en las comarcas más pobres, donde acuden menos los nobles y clérigos. Están puestas las bases para una guerra contra la brujería, que durará varios siglos. Su relación con las drogas es muy instructiva, pero antes de examinarla procede hablar del Islam.

## V. Islamismo y ebriedad

Como las demás religiones monoteístas, y al revés que las paganas, el Islam invade la intimidad subjetiva, dictando preceptos sobre alimentos, horarios y drogas. Sin embargo, no tiene ninguna droga sagrada —como el vino de la misa—, ni tampoco ninguna droga sacrílega. Al no haber instituciones de comunión natural (comer y beber del dios), no hay caza de competidores en ese terreno.

1. Suele mantenerse que Mahoma prohibió severamente el vino. En realidad, sólo consta que mandó azotar a un borracho por incumplir sus deberes. Como murió sin más aclaraciones, su cuñado Alí forjó una sentencia célebre:

El que bebe se emborracha, el que se emborracha hace disparates, el que hace disparates forja mentiras, y a quien forja mentiras debe aplicársele la pena.

Pero Alí no era el Profeta, y durante varios siglos los jueces árabes no recurrirán casi nunca a la pena de tres o cinco azotes en los pies. La borrachera se deplora porque hace ridícula y falaz a una persona, y quien no se mues-

tre ridículo y falaz, estando ebrio, cobra más bien visos de santidad; como el derviche danzante o el místico de la inmovilidad, da pruebas de un aplomo admirable.

De ahí que ni siquiera el griego posea una colección de cantos báquicos comparables al árabe. Hafiz, cumbre de la poesía lírica, dice: «Temo que al alzarse la aurora, el día de la resurrección, sea el crimen tu abstinencia, y no mi placer báquico.» En los cuartetos del *Rubaiyat*, el astrónomo Omar Khayam declara preferir «el fuego de la verdad en la taberna a su amable bruma en el templo». Entre sus himnos al vino está el siguiente:

La uva, que con lógica absoluta  
dos y setenta sectas invalida,  
soberano alquimista que transmuta  
en oro el metal pobre de la vida.

2. Por lo que respecta al opio, Ibn Sinna o Avicena —padre de la medicina árabe— usa opio como eutanásico, y su gran discípulo Al-Razi o Rhazes otorga a esa substancia un lugar dominante en la farmacopea.

En el califato de Córdoba, que durante el siglo x es el lugar más culto y liberal de Europa, vuelve a prepararse la triaca magna o galénica para la corte de Abderramán III; también aparecen allí varios libros sobre botánica medicinal y farmacia, inconcebibles en cualquier reino cristiano de la época. De hecho, serán traductores del árabe —las escuelas de Toledo y Sicilia— quienes devuelven a Occidente la parte del saber pagano que pudo esquivar el furor incendiario de los primeros cristianos.

Tomando como núcleo productor las plantaciones turcas e iraníes, la rápida expansión del Islam disemina el opio desde Gibraltar hasta Malasia, en pastillas que a

veces llevan el sello *mash Allah* («presente de Dios»). Hacia el siglo IX sus usuarios suelen comerlo, aunque los persas ya acostumbraban fumarlo; también es frecuente consumirlo en jarabes de uva, mezclado con haschisch.

A diferencia de la cultura grecorromana, que a esos efectos empleaba vino, la árabe se servirá del opio como euforizante general, recomendable para el tránsito de la segunda a la tercera edad, y para sobrellevar los sinsabores de esta última, tanto en privados como en públicos *divan*, que son el equivalente de nuestros casinos. Admitido que ambas drogas crean hábito cuando se consumen en altas dosis, durante períodos largos, el alcohólico tiene una vida bastante más corta, y entra mucho más en conflicto con deberes familiares, sociales y laborales; además, se hace notar por falta de coordinación, agresividad, farfulleos verbales y halitosis, mientras el habituado al opio puede realizar con precisión sus tareas, manteniendo sin dificultad una compostura externa. Estas consideraciones hicieron que los dirigentes del Islam, y el pueblo, prefiriesen la ebriedad proporcionada por un fármaco a la del otro.

3. No hay mención al cáñamo en el Corán ni en la Suna. En árabe del siglo XI la planta se llama *bangah* —nombre casi idéntico al sánscrito *bhang*— y se aconseja en farmacopea para diversos usos específicos, aunque también como droga lúdica. Asociada con el opio, y otras veces con bebidas alcohólicas, existe en formas líquidas (como el «vino especial» de *Las mil y una noches*) y no sólo como marihuana o haschisch consumible por inhalación o ingestión.

Rhazes, el galeno árabe, le atribuye capacidad para hacer frente a casos graves de melancolía y epilepsia. En

usos extraterapéuticos, durante la época clásica del Islam es droga de grupos determinados por fe religiosa y condición social: campesinos, jornaleros y siervos urbanos la prefieren, y es por eso *haschisch al-harafish*, «hierba de los truhanes»; pero es también *haschisch al-fokora*, «hierba de los fakires», usada para la danza extática y la meditación sufí.

El criterio predominante, al menos hasta mediados del siglo xiii, lo expresa Al-Ukbari —un erudito en lírica y leyes— a través de un pequeño tratado sobre la droga:

Has de saber que la ley islámica no prohíbe el consumo de fármacos cordiales, con efectos como los del haschisch. Y puesto que no hay noticia alguna sobre su ilicitud, el pueblo considera que está permitido usarla, y la usa.

4. El café fue descubierto en Arabia algo después del siglo x, pues aunque la planta tenía millones de años sólo entonces se le ocurrió a alguien tostar sus frutos y pasarlos por agua hirviente, liberando así la cafeína. La leyenda de Mullah Schadelih habla de un creyente que se veía inquietado algunas noches por el sueño, mientras leía el Corán, y de cómo el café venció su cansancio.

Cuenta una tradición que cinco siglos más tarde el café es consumido sin recato por derviches danzantes en La Meca, santuario islámico, y el representante del Sultán les encarcela, mientras un consejo de teólogos, juristas y notables delibera sobre su bondad o maldad. El consejo decide que sus bebedores sean castigados con picota o exhibición pública, pero a esas alturas se entera el propio Sultán, gran aficionado al café, y tales disposiciones son revocadas. Reunido por él, un nuevo consejo de próceres



admite la utilidad del fármaco para leer sin cansancio la sagrada escritura.

Aunque hasta Soleimán el Magnífico, en 1551, no se otorga un certificado legal a cafés públicos, los europeos que recorren Siria y Persia por entonces encuentran a todos —sin distinción de clases— bebiendo el negro licor como si se tratase de un hábito inmemorial, que ya no inquieta teológica ni socialmente. Es más bien un orgullo árabe, que se combina muy bien con opio líquido y relega el vino a un definitivo segundo plano. Así lo dice el poeta Belighi, un contemporáneo de Soleimán:

En el aire del Bósforo hizo su entrada, seduciendo doctores, arrastrando al martirio y al desorden, triunfando audazmente, rechazando desde esa bendita hora al vino, que hasta entonces era bebido en el imperio de Mahoma.

5. Pero al hablar del Islam es preciso distinguir un período de apogeo creador, que llega —a duras penas— hasta el siglo xiv, y otro de consolidación y decadencia. Sus grandes místicos, poetas, médicos, matemáticos y filósofos pertenecen a la primera época, y en dicho período todas las drogas son espíritus neutros, como pensaba la cultura grecorromana. Lo que acaba apoderándose del Islam clásico son sucesivos brotes fundamentalistas, que ven el asunto de modo muy distinto.

A fines del siglo xiii —cuando el árabe tiene más de cien términos para decir «haschisch»— el magistrado Ibn Ganim dirá que «quien bebe vino es un pecador, y quien come haschisch un infiel»; quiere condenar expresamente a varias ramas del sufismo, convencidas de que sirve para «acercarse a la presencia divina». Poco más tarde, el juez Al-Zarkasi imputa al fármaco 120 perjui-

cios, entre ellos «complacencia con los cuernos, muerte súbita, lepra y sodomía pasiva». Otro colega —Al-Yawbari— dirá que sus adeptos «se perforan el pene con argollas de hierro, para practicar libremente la pederastia».

Al parecer, los consejos de esos magistrados no se convirtieron en ley general, aunque fuesen atendidos aquí y allá por distintos regentes. Pero hay ya quema de libros, y persecución para disidentes. El Islam tiene en materia de drogas una censura comparable a la que estableciera el cristianismo naciente sobre la farmacología grecorromana.

Estos datos tienen el valor histórico de fijar un cambio. Al principio lo indeseable es la borrachera alcohólica, que instigando insensateces mueve a mentir; eso no supone renunciar a los dones de la ebriedad en general, pues —como declara el lírico Ibn Jafaya, entre muchos otros— ser sobrio es propio de bestias. Pero en un segundo momento es culpable cualquier forma de ebriedad, pues la relajación inducida no es un signo de cultura sino un placer prohibido.

Salvando las bebidas alcohólicas, este criterio es el que adoptan los inquisidores europeos para las demás drogas, con las consecuencias que veremos.

## VI. Drogas, concupiscencia y satanismo

Algunos consideran que la bruja medieval —cociendo niños para procurarse su grasa, deseando sólo lo infame— fue una invención de los inquisidores, en la que al final acabaron creyendo casi todos. Otros piensan que fueron seres raros, propensos a buscar paraísos artificiales en las plantas. Hay también quienes las toman por representantes de la vieja religión del oeste europeo, básicamente celta.

En cualquier caso, fueron acusadas de montar ritos demoníacos —los llamados *sabbats*—, usando bebedizos y pomadas. Poquísimas personas se confiesan brujas hasta que Gregorio IX dicte la primera bula contra ellas, premiando a los inquisidores con el derecho a incautar sus propiedades y pertenencias. Algo más tarde el número de hechiceros y hechiceras ha crecido en proporciones grandiosas, y el *Roman de la rose* asegura, por ejemplo, que son brujas «la tercera parte de las francesas».

1. La relación entre drogas, lujuria y brujería es puntual. En 1692 el inquisidor Johannes Nider describe a una vieja que se frotaba cierto ungüento en axilas e ingles: «Tras desnudarse y aplicar esa pomada quedó dormida, y ayudada por el Diablo soñó con la lúbrica Ve-

nus.» Siglos antes, en los procesos de Carcasonne, la confesión de una vieja herborista dice: «En el sabbat hallé un macho cabrío gigantesco, al que me abandoné, y él a cambio me hizo conocer las plantas venenosas.»

De 1324 es un acta inquisitorial que explica la creencia en escobas voladoras: «Al revisar el desván de la dama se encontró un ungüento con el que engrasaba un bastón, sobre el cual podía deambular y galopar a través de todos los obstáculos.» En 1470, según otra diligencia inquisitorial, «las brujas confiesan que ciertas noches untan un palo para llegar a un lugar determinado, o bien se untan ellas mismas bajo los brazos y en otros lugares donde crece vello».

En una mujer, el otro lugar donde crece vello es el que está en contacto con una escoba al montarla. El palo se empleaba para frotar o insertar los untos en zonas que la modestia del inquisidor se resiste a decir, siendo una especie de consolador químicamente reforzado. Lo mismo sugiere una confesión extraída a dos mujeres hacia 1540, pues «conocieron muchas veces carnalmente al diablo en soledad; y preguntadas si habían conocido algún deleite notable en su acceso respondieron constantemente que no, y esto a causa de la incomparable frialdad que sentían en las partes diabólicas».

Cuando no hay inquisidores las mujeres opinan de modo algo distinto, aunque no falte el erotismo. Usando un ungüento de brujo —que le procura cierto alguacil— el médico de Carlos V y Julio III, Andrés de Laguna, sume en profundo sopor a una paciente histérica. Cuando es devuelta a la vigilia, se dirige a él y al marido diciendo: «¿Por qué en mal punto me despertasteis, que estaba rodeada de todos los placeres del mundo? Y vueltos al marido los ojos, díjole sonriendo: “Tacaño, te he

puesto el cuerno, y con un galán más mozo y estirado que tú".»

2. Solitario o colectivo, el erotismo ligado a drogas que detecta la mentalidad inquisitorial viene siempre envuelto en estereotipos. Desde el primer tercio del siglo xiv, cuando aparece por primera vez una mención al sabbat, su objeto es «la lubricidad más abominable, sin atención al parentesco; si hay más hombres que mujeres, los varones satisfacen entre ellos su depravado apetito, y las mujeres entre sí hacen lo mismo». Milenio y medio antes, idéntica acusación —con palabras casi idénticas— había esgrimido el cónsul romano Postumio para perseguir los ritos báquicos.

Con todo, el sabbat era más que puro sexo; por una parte reflejaba viejísimas costumbres, dirigidas a promover la fertilidad de plantas y animales, y por otra era una parodia de la misa, donde todo aparecía dramáticamente trastrocado. Lejos de celebrar una mortificación de la carne, los fieles celebraban su glorificación; de ahí que —con un falo de cuerno, disfrazado de macho cabrío— el oficiante hiciera un simulacro de cópula, abriendo una orgía más o menos ritual.

Estos cultos rurales contrastan con el uso de drogas en villas y ciudades, que tiene un matiz no sólo privado sino laico. Las mujeres —sobre todo sirvientas— son sorprendidas sin ropa, en estado de trance, y al despertar confiesan que aplicando un ungüento se fueron «de viaje». Un caso no tan común —pues afecta a una dama de clase media, esposa del notario de Lugano— lo cuenta el renacentista Bartolommeo Spina: «El marido la halló desnuda en un rincón, exhibiendo todas sus pudendas, completamente inconsciente. Y como poco después vol-

vió en sí, confesó que esa noche se había ido de viaje. El esposo partió al instante para acusarla ante los inquisidores, y lograr que fuese entregada al fuego.»

También hay erotismo y droga en lo que propaga Hans Sachs, un famoso autor de calendarios, a mediados del siglo XVI:

Al recorrer el campo de batalla vieron con sorpresa que los sarracenos seguían teniendo el órgano sexual duro y erecto. El médico de campaña —sin dar muestras de extrañeza— les explicó que aquello no tenía nada de extraordinario, pues de todos era bien sabido que los turcos acostumbraban tomar opio, y que el opio procura excitación sexual aun después de la muerte.

3. Ante tales evidencias, el uso de drogas distintas del alcohol se castiga con tortura y pena capital, tanto si es religioso como si es simplemente lúdico. Las drogas de las brujas delatan lo prohibido por excelencia, que es un deseo de abrazar el más acá, opuesto al fervor por el más allá. Sin embargo, querer volver a sentirse en la Tierra como en su casa, y no como en un destierro, es lo que representa el Renacimiento, espíritu animador de la edad moderna. Ilustrado ejemplarmente por Fausto, el nuevo hombre prefiere vender su alma al diablo que adorar a un Dios reñido con la vida.

Para ello se apoya, desde luego, en sustancias psicoactivas. Las fórmulas de ungüentos que nos transmiten Cardano o Porta no sólo contienen haschisch, flores de cáñamo hembra, opio y solanáceas, sino ingredientes de alta sofisticación como la piel de sapo (que contiene dimetiltriptamina o DMT) o la harina contaminada por cornezuelo (que contiene amida del ácido lisérgico), además de hongos y setas visionarias. Con esa variedad de

substancias, y la potencia que deriva de sus mezclas, un brujo europeo competente podía inducir variados trances. Podía oficiarse en ceremonias rurales, no menos que abastecer al usuario urbano, orientado hacia fines de ensoñación y éxtasis solitario, inaugurando un comercio subterráneo de untos y brebajes que —bajo la persecución inquisitorial— desembocaría en una reventa gestionada por alguaciles y caza-recompensas.

4. La inquisición en América parte de premisas idénticas, y persiguió a gran número de nativos por emplear sus drogas tradicionales. Tan concienzuda fue, en efecto, que hasta mediados del siglo xx no se redescubrieron muchos ritos relacionados con peyote, hongos psicoci-bios y otras plantas psicoactivas.

Pero el inquisidor no encontró en el Nuevo Mundo la conexión directa entre erotismo y drogas que veía en Europa. Aunque había allí una enorme variedad de substancias psicoactivas y empleos, empezando por numerosos cultos, faltaba el repetido cuadro de mujeres en trance gracias a cosas que —untadas en palos de escoba y cuernos— transportan a orgías, donde eran exigibles el atuendo de Eva y la desenvoltura de Venus.

También eran diferentes los vehículos de ebriedad usados en América y Europa. Tras la ruina del saber farmacológico antiguo, la hechicería europea se vio reducida ante todo a la flora psicoactiva más común allí, que son solanáceas alucinógenas como beleño, daturas, belladona y mandrágora. Los brujos americanos conocían también algunas solanáceas, pero —salvo unas pocas excepciones— su empleo quedaba y queda restringido al chamán, por considerarse «demasiado fuertes» para los demás; en los ritos colectivos son mucho más habituales

plantas de tipo visionario, con mescalina, psilocibina y principios afines. Se diría por eso que algunos europeos hubieron de celebrar fiestas con drogas ásperas, muy tóxicas y poco útiles como vehículos de conocimiento, por el sopor, la credulidad y la amnesia que provocan. Entre el tumultuoso sabbat medieval y los introspectivos ritos peyoteros parece haber la misma distancia que entre iniciarse al vudú y a los Misterios de Eleusis.

Es interesante, con todo, que las solanáceas alucinógenas se encuentran hoy clasificadas en las farmacopeas como útiles plantas medicinales, y no como estupefacientes peligrosos. Desde 1330 hasta 1700 fueron una encarnación diabólica, generaron un número considerable de consumidores, crearon una fe en su poder sobrenatural y, desde luego, llevaron al suplicio y la hoguera a muchísimos europeos.

5. El instrumento para perseguir la hechicería fue una prueba —el «trámite de confesión»— que falta en el derecho previo. Alegando «la enormidad del crimen, y la urgencia de atajarlo», uno de los sacramentos voluntarios pasa a ser obligatorio, apoyado ahora sobre una gama de tormentos. Como dice el *Martillo de las brujas*, un manual para inquisidores que publican en 1486 dos dominicos alemanes:

La brujería constituye la más alta traición contra la voluntad de Dios. Por eso los acusados han de ser sometidos a tortura, a fin de que confiesen. Y al que se hallare culpable, aunque confiese su crimen, sométasele a tortura, pues puede ser castigado en proporción a su delito.

En realidad, cuanto más sufriera la bruja aquí menos



habría de padecer en el otro mundo. Eso explica también que pudiera negársele un abogado defensor, y que las coartadas comunes no sirvieran; aunque el esposo atestiguara haberla visto dormir a su lado, por ejemplo, era aconsejable desconfiar, pues «la mujer podía estar en la orgía, y tener en la cama un demonio transfigurado con su aspecto». Tampoco es prueba de inocencia resistir la tortura, pues tales cosas suelen deberse a «encantamiento diabólico».

Organizadas así las cosas, no había otra forma de escapar que convertirse en brujo «arrepentido», dispuesto a descubrir secuaces, y los jueces se sirvieron para ello de asesinos, dementes y niños. Catalina de Guesala, uno entre múltiples casos, se salvó —a los ocho años— de ser quemada por bruja denunciando a parientes y amigos en el pueblo español de Ceberio, el año 1555. La misma edad tenían las niñas que atestiguaron en el proceso de Salem, en 1688. Para entonces, gran parte del cortejo inquisitorial tenía antepasados delatores. Unos se habían visto forzados con amenazas, mientras otros habían buscado una recompensa inmediata y posteriores premios, porque la profesión de inquisidor era envidiable económicamente, y quienes no fuesen clérigos o magistrados civiles sólo podían acceder a ella demostrando su celo con delaciones.

6. Podríamos saber con más exactitud qué tipo de «viajes» suscitó la hechicería en Europa, de no mediar el sistema elegido para averiguarlo y castigarlo. Pero ni el preparador de drogas ni su usuario necesitaban herir en términos forenses, y cuando alguna autoridad persigue crímenes sin víctima física —como el de la mujer del notario de Lugano, o frotarse el vestíbulo o el interior de la

vagina con escobas embadurnadas— recurre siempre a procedimientos de este tipo.

Durante el apogeo de las ejecuciones, en el Renacimiento, sólo disintieron de la Inquisición unos pocos humanistas: Pomponazzi, Cardano, Porta, Agrippa de Nettesheim, Laguna y Ponzibinio. Convencidos de que sabbats y «viajes» solitarios se explicaban por razones naturales —como la psicoactividad de ciertos preparados y el placer de la relajación—, negaron la hipótesis oficial sobre una contumaz plaga diabólica. Ese criterio fue luego profundizado por el clérigo y filósofo Pierre Gassendi, uno de los grandes contemporáneos de Descartes, y algo más tarde el también clérigo y no menos destacado filósofo Malebranche.

Con todo, fue un jesuita alemán, Friedrich von Spee, quien asestó un golpe directo al emporio inquisitorial. Tras confesar durante más de una década a brujas, von Spee hizo en 1631 una declaración que conmovió:

Tratad a los superiores eclesiásticos, a los jueces y a mí mismo como a esas pobres infelices, sometednos a los mismos martirios, y descubriréis que todos somos brujos.

Una muerte precoz le salvó de sufrir ese tipo de trato, pero el teólogo holandés Baltasar Bekker completó sus ideas con un libro sobre la brujería que se tradujo rápidamente a varios idiomas. Tras negar la intervención *externa* de Satán en la vida humana, Bekker planteó la caza de brujas, brujos y su séquito como «patraña ridícula y espantoso crimen judicial». Vivió perseguido desde entonces, pero había herido de muerte a las pretensiones del inquisidor. Su libro, publicado por primera vez en 1691, domina todo el siglo siguiente, e informa una co-

nocida frase de Voltaire, al definir la brujería en su *Diccionario filosófico*:

Sólo la acción de la filosofía ha curado a los hombres de esta abominable quimera, enseñando a los jueces que no hay que quemar a los imbéciles.

Imbéciles para el siglo XVIII, caníbales infanticidas para los siglos previos, las brujas y su mundo desaparecen. Desde 1700 apenas hay en Europa o América una sola causa contra ellas, y los escasos intentos por incoar alguna son desaconsejables por la jerarquía eclesiástica como cosa «contraproducente». En realidad, no se trata de que las fuerzas demoníacas hayan muerto, sino de que ya no conspiran produciendo lujuriosas ebriedades en el pueblo: ahora gestan reivindicaciones políticas.

La cruzada contra las brujas mostrará cómo la persecución puede multiplicar al infinito cierto daño, real o supuesto. En una Europa que rondaba los tres millones de habitantes, inquisidores católicos y protestantes lograron quemar vivas a unas 500.000 personas del siglo XV al XVII, e incautar los bienes de varios millones más.

Mirándola desde arriba, esa guerra puede verse como un intento de control lanzado por nobleza rural y clero, dos estamentos en decadencia frente al auge de la burguesía urbana y las monarquías nacionales. Una histeria colectiva tan grandiosa no es separable del enorme cambio que se anuncia en Occidente: nadie puede detener una tendencia hacia la movilidad social, demoledora para un mundo que se basa sobre el destino impuesto a cada uno por su específica «cuna». Lo inmediatamente visible de esa crisis —la punta del iceberg— es un con-

flicto entre la moralidad establecida y una moralidad nueva, que se rechaza como agente extraño, poniendo en marcha una cura mediante chivo expiatorio.

Pero esto no es nada nuevo en nuestra historia; lo mismo quiere el tirano Penteo, en la tragedia de Eurípides, y lo mismo impuso el cónsul Postumio para reprimir el culto báquico. Penteo, Postumio, Bodino y Torquemada tienen en común confiar en persecuciones que amplifican lo perseguido, y que sólo al cesar producen el efecto buscado; dicho de otro modo: empresas que triunfan fracasando, y viceversa.

## VII. El resurgir de la medicina

Las primeras fisuras en la terapia como cosa básicamente encomendada a eclesiásticos provienen de las cruzadas a Tierra Santa, pues muchos volvieron asombrados ante la eficacia del médico árabe, generoso dispensador de drogas psicoactivas. Eso explica que ya desde finales del siglo xi tanto algunas solanáceas como opio y cáñamo sean empleados por médicos de reyes, nobles y prelados para tratar variados achaques.

1. En el siglo xii hallamos la primera mención a la «esponja soporífera», un anestésico compuesto a partes iguales por opio, beleño y mandrágora, molidos y macedados en agua. Miguel Escoto, un representante de la escuela de Salerno, origen de las que luego florecerán en las universidades de Montpellier, Bolonia, Padua y París, escribe por entonces que «cuando quieras serrar o cortar a un hombre empapa un trapo en esto y aplícalo a sus narices durante algún tiempo».

Dos siglos más tarde —cuando comienza a arreciar la caza de brujas— el uso de opio por parte de médicos hipocráticos está bastante difundido. En 1391 muere Amadeo VII de Saboya, quizá de sobredosis, y su médico de cabecera, Antonio de Guainerio, lanza una diatriba

contra colegas del Piamonte, acusándoles de usar supositorios de opio en cantidades excesivas. Un discípulo suyo, Giovanni della Croce, añadirá que «sólo hay que usar los narcóticos cuando el dolor sea insoportable y otros recursos fallen». Poco después va a ser procesado Giambattista della Porta por propugnar el uso de opio en cirugía y hablar demasiado de drogas. Sin embargo, su uso como anestésico sigue difundiendo en una Europa sacudida por continuas guerras, y —como golpe de gracia— las repúblicas de Génova y Venecia deciden comerciar con el producto en gran escala, importándolo otra vez de Alejandría, como hiciera la Roma imperial.

Comienza así la reinstalación del opio como panacea terapéutica en Occidente. Pero el médico debe ganar todavía algunas batallas. La primera y más grave es la inseguridad que supone usar drogas psicoactivas, e incluso no psicoactivas. Cualquier persona sin altos apoyos podía ser procesada, torturada y quemada viva por sospechas, tanto más inatacables cuanto ajenas a botánica o toxicología. Dicha situación incomodaba por igual a médicos y drogueros, y de ellos nacerá un deslinde entre farmacología y magia. Era preciso crear oficios terapéuticos no populares —como entonces— sino de rango universitario, con capacidad para resistir las amenazas del inquisidor.

2. En lugar de la piedra filosofal, los alquimistas descubrieron el alcohol. La primera mención a este procedimiento aparece en un tratado técnico del siglo XII, que llama *aqua vitae*, agua de vida, al resultado de una destilación, y *aqua ardens*, agua inflamable, al alcohol de 96 grados obtenido por bidestilación.

Aunque el alcohol puro fuese muy útil para preparar

perfumes, los licores recibieron una acogida mucho más calurosa aún. Siendo cuatro o cinco veces más activos que el vino —y otras tantas más tóxicos—, ofrecían una embriaguez rápida y profunda, obtenible con mucho menos líquido y permitiendo elegir entre variados aromas. Como a eso se añadía una estabilidad del producto incomparablemente superior a la de los vinos, el negocio de fabricarlos y venderlos cobró márgenes comerciales grandiosos. De ahí que los destiladores formaran gremio ya desde el siglo xv, bastante antes que los médicos. Poco después sus preparados venden muy bien en China, creando un espectacular aumento de enfermedades venéreas tanto en la Corte como fuera de ella, lo cual motiva duras —y pasajeras— restricciones al consumo.

Para hacer frente al aluvión de alcohólicos promovido por las bebidas destiladas se tomaron en Europa varias medidas. La más ambiciosa fue una fundación orientada a promover la sobriedad, presidida por los principales nobles y obispos alemanes. No faltaron tampoco condenas al borracho, como en China, y así vemos que el rey Francisco I de Francia ordena cortar una oreja y desterrar de por vida al reincidente. A pesar de su fama, nunca habían aplicado los árabes castigos de esa naturaleza al alcohólico. Pero reina una inmensa hipocresía, y en no pocas ocasiones es el propio clero quien produce masivamente licores de gran aceptación popular, como sucede con cartujos y benedictinos.

En términos generales, el Medievo y el Renacimiento son épocas donde el consumo de bebidas alcanza niveles antes desconocidos. En los monasterios se componen cantos de corte dionisiaco como los *Catulli Carmina* y los *Carmina burana*, en una exaltación casi religiosa del vino que Boccaccio y Rabelais describen a menudo. El

antipuritanismo que sostiene el uso lujurioso-hechiceril de ungüentos tiene su paralelo legal en fiestas donde se bebe tumultuosamente, al son de canciones atrevidas, ya se trate de celebrar el Corpus Christi o la semana de Pasión. A mediados del siglo xiv, las actas oficiales de Estrasburgo muestran que el gobierno de la ciudad repartía cada año 1.200 litros de vino alsaciano a quienes pasasen la noche de San Adolfo en la catedral, «velando el sagrario y orando».

3. Superar la caza de brujas incluía dos partes. Primero era necesario reducir lo reputadamente sobrenatural a algo prosaico, como las propiedades de ciertas plantas. Luego era preciso mostrar que lo prosaico presentaba gran utilidad para todos, siendo pura y saludable medicina.

Llevar adelante esto segundo fue en buena medida obra de Paracelso, médico y alquimista del siglo xvi. Paracelso inaugura una farmacología que asimila no sólo las prácticas clásicas sino los hallazgos hechiceriles del Medievo. Cuando dicta cátedra desde Basilea, fascinando a los médicos europeos, hay ya boticario que usa remedios de bruja con simples cambios de presentación: en vez de pomadas y filtros los dispensa en forma de pastillas, jarabes y tinturas.

Pero esto es simple práctica, y hasta Paracelso no se produce el matrimonio legítimo de terapéutica y química. Defensor a ultranza del opio, que —según cuentan— llevaba siempre consigo en el pomo de la silla de montar, inventó el láudano —una tintura o disolución del fármaco— que le proporcionó extraordinarios éxitos: se jactaba públicamente de haber salvado la vida con él a muchos reyes y príncipes. Sus inmediatos sucesores —Plat-



ter, Gessner y Hostium— son conocidos en las historias de la medicina como «triunvirato del opio». Les sigue el holandés J. B. van Helmont, fundador de la iatroquímica o farmacología científica, conocido como *Doctor Opiatus* por su admiración a la substancia, que consideraba piedra filosofal de la terapéutica.

Lo mismo debe decirse de Thomas Sydenham, considerado el más grande médico inglés de todos los tiempos, que inventó el láudano de su nombre diluyendo opio en vino de Málaga, azafrán, polvo de canela y clavo. Dijo que jamás habría sido médico si esa droga no existiera, que su falta dejaría a la medicina «manca y coja», que tomaba diariamente 20 gramos de su láudano, y que había recetado personalmente unos ocho mil litros de ese preparado, entre otros a pacientes como Oliver Cromwell o el rey Carlos II. Se cita frecuentemente una frase suya:

Entre los remedios que el Todopoderoso tuvo a bien conceder al hombre para alivio de sus sufrimientos, ninguno es tan universal y eficaz.

El clínico H. de Boerhaave, cuyos discípulos ocupan las principales cátedras de medicina en Europa, declara por entonces que «el opio es un inmenso don de la Providencia para mitigar los sufrimientos del hijo del hombre». Esta droga ha perdido por completo su halo herético previo, y es ahora fármaco cotidiano de Luis XIV y Richelieu, consuelo de Ronsard y remedio «científico» por excelencia, que deslinda a facultativos serios de aprendices y curanderos.

Hasta que el uso se democratice —en el siglo XVIII— lo que acompaña más habitualmente al jugo de adormi-

dera son materias preciosas como azafrán, polvos de oro y platino, ámbar, jade, perlas, aguas de piedras preciosas y cosas por el estilo. El cliente veía aliviados sus síntomas gracias a la acción del opio, y el terapeuta encontraba en los otros ingredientes motivo para cobrar enormes honorarios; la literatura del período —desde Shakespeare a Cervantes y Molière— fustiga sarcásticamente la vanidad de esos pacientes, tanto como la codicia de sus sanadores.

Pero el opio no sólo sirvió para resucitar una diferencia radical entre el tratamiento de los ricos y el de los pobres, como sucedía en Roma. Su eficacia influye en un nuevo prestigio social de los médicos, que refuerza sus pretesiones de formar gremios profesionales. El primer Colegio médico europeo será el de Londres, que recibe de la Corona una licencia exclusiva para atender pacientes de la ciudad y sus alrededores. Algo más tarde se publican las farmacopeas más antiguas, en Nüremberg (1546) y Basilea (1561), donde las solanáceas psicoactivas son agentes válidos siempre que se combinen con opio; repasando sus recetas, vemos que hay pocas diferencias substantivas entre la composición de analgésicos y soporíferos y las infernales preparaciones de algunas brujas.

En definitiva, ha renacido la farmacología, algo hasta entonces a medio camino entre la alquimia y la hechicería, y con ella una nueva industria que crecerá sin pausa.

## VIII. El descubrimiento de América

Que los tesoros americanos fuesen básicamente botánicos sorprendió al conquistador. Los tlaxcaltecas curaron a Hernán Cortés una herida con tal pericia que éste escribió al rey pidiendo que no dejase venir médico alguno al Nuevo Mundo. Lo mismo sucedió en Perú, donde uno de los primeros rectores de la Universidad de Lima se opuso a dotar cátedras de medicina, «porque los indios conocen muchas hierbas medicinales mejor que los médicos, y la experiencia prueba no haber menester de ellos aquí».

Sin embargo, no había manera de distinguir a las eminencias médicas y farmacológicas indígenas de infernales hechiceros, pues lo que algunos llamaban maravillosas curas era para otros obra de impura magia. Las vacilaciones que este conflicto produce las expone Juan de Cárdenas en un libro de 1591, donde se pregunta «si alguna hierba o raíz hay que permita forzar al Demonio para que venga, o adivinar alguna cosa por venir». Desgarrado entre la medicina y la piedad cristiana, Cárdenas llega a una notable conclusión:

El hombre que usa de las hierbas a fin de sanar una enfermedad —porque también esas hierbas son muy medicinales— no

ha de ver al Demonio ni saber cosas por venir. Lo contrario sucede con el que con mal fin usa de las hierbas, a fin de ver al Demonio y saber cosas que no sabía. A estos tales les permite Dios que se les represente el Demonio y les declare lo que estaría mejor no saber.

Las hierbas concretas a que se refiere Cárdenas son el peyote, una brugmansia, el olohliuqui (que es amida del ácido lisérgico) y el tabaco. Su conclusión resulta curiosa, ya que defiende la neutralidad de esas drogas, pero sin cerrar la puerta al inquisidor: el mismo fármaco, en las mismas dosis, puede ser —como dice— «a buen fin y a mal fin».

Tras un siglo largo de persecuciones, todavía en 1629 el inquisidor Ruiz de Alarcón lanza una cruzada contra los nativos de Morelos y Guerrero, «más preocupados por la buena voluntad del *ololiuhqui* que por las molestias y penalidades del clero». Siguen quemas de esas semillas, destrucción de plantas, procesos y condenas. Bien entrado ya el siglo xviii —cuando las iglesias europeas prefieren olvidar la caza de brujas— hay en América juicios inquisitoriales contra hierberas y hierberos; incluso en el siglo xix, más de un historiador presenta los conceptos indios originarios como «una organización secreta opuesta al cristianismo y al gobierno». Nada tiene de extrañar que los usos religiosos, lúdicos y terapéuticos de la flora psicoactiva sean mencionados con todo detalle por los primeros cronistas, y luego caigan en total olvido hasta bien entrado el siglo xx.

1. En el capítulo de las drogas visionarias, el Nuevo Mundo es una fuente todavía inagotada. Si las dividimos en dos grandes líneas —una afín a la mescalina (con su

anillo bencénico) y otra afín a la LSD 25 (con su anillo indólico)— veremos que ambos tipos están generosamente representados a nivel botánico.

En Mesoamérica, la primera droga de esta familia que llamó poderosamente la atención fue el *teonanácatl* (en lengua náhuatl: «seta maravillosa»), nombre que abarca varias especies de hongos psilocibios. Sahagún y Bena-vente, dos de los primeros cronistas, emparentan el teonanácatl con Lucifer. No menos curiosidad mereció el *ololiuhqui*, que son las semillas de dos plantas trepadoras, pues —a juicio de Sahagún— «sirve a los nativos para comulgar con el Diablo». El mismo anatema mereció el peyote, una cactácea que contiene mescalina, cuyo empleo fue pronto considerado «ritual pagano y superstición».

En el Caribe, los taínos descubiertos en Santo Domingo por Colón usaban polvo de cohoba, llamado *yopo* en los territorios cubiertos actualmente por Venezuela y Colombia, droga extraída de una planta (la *Anadenanthera peregrina*) cuyo principio activo es DMT o dimetil-triptamina, un alcaloide indólico de espectaculares y breves efectos.

Más al sur, en la civilización andina, una planta que aparece representada en cerámicas desde el siglo x a.C. es el llamado San Pedro, un cacto que contiene habitualmente mescalina, aunque algunas especies contengan DMT. San Pedro es el portero del cielo cristiano, y llamar así a una droga pagana, usada con fines de recogimiento religioso y adivinación, muestra hasta qué punto el indio sugería su certeza bajo el ropaje de la fe ajena.

## 2. La riqueza del continente americano en fármacos

de tipo visionario no es inferior a la de sus estimulantes, que siguen siendo los más apreciados en buena parte del planeta.

Cuando Pizarro topó con el imperio inca, en 1530, usar liberalmente coca era privilegio de la Corte, y hacerlo sin autorización constituía un desafío a la autoridad. Parte considerable de la corvea o tributo popular de trabajo se empleaba en producir los llamados panes de coca —consumidos por la nobleza en grandes cantidades—, mientras para los demás estamentos reinaba un sistema de prohibición, siquiera fuese teórica. Eso explica que la Conquista supusiera en un primer momento una democratización del consumo, y permitiese amasar fortunas a algunos españoles. Siguió un período conflictivo, donde el inquisidor veía en el uso de la planta una práctica idólatra y los terratenientes insistían en sus bondades, disputa que se zanjó otorgando al clero un diezmo sobre todo comercio con la planta. Por entonces, sólo para la feria anual de Potosí —la mayor del mundo en volumen de transacciones— se importaban 100.000 cestas de coca, que equivalen a 1.300 toneladas de hojas. El inca Garcilaso de la Vega —curioso personaje, hijo de una sobrina del Inca y del conquistador Lasso de la Vega— se permite en sus *Comentarios reales* una disquisición notable:

Se han dicho y escrito muchas cosas contra la pequeña planta, sin otra razón que la de haber hecho los paganos en la antigüedad —y actualmente algunos brujos y adivinos— ofrendas de coca a los ídolos, debido a lo cual dice esa gente que su uso habría de prohibirse por completo. Lo dicho sería un sabio consejo si los indios ofrecieran esto y nada más al diablo, pero viendo que los antiguos idólatras y los brujos modernos también sacrifican maíz, verduras y frutas, así como su bebida, agua fría,

lana, ropas, ganado y muchas otras cosas, y que no todas pueden prohibirse, tampoco debería suceder esto con la coca.

Poco después, el diezmo sobre el comercio con esta droga es la parte singular más importante de sus ingresos para los obispos de Cuzco y Lima. En 1613 el catequizado Guamán Poma de Ayala comenta que si no es para el trabajo, masticar la hoja resulta «una actividad social no autorizada». Con todo, sus virtudes estimulantes hacen que parezca muy útil a varios médicos y boticarios españoles.

Otra planta estimulante americana es el mate, que contiene una proporción de cafeína muy parecida a la del café. Acostumbrados los conquistadores a tanta idolatría vegetal por aquellas tierras, pronto vemos que esa droga recibe un anatema: la usan los brujos —como dicen varios clérigos— «para oír oráculos falaces del padre de la mentira, Satanás». Llegadas estas noticias a Roma, el cardenal Borromeo escribe al obispo de Paraguay y al Superior de los jesuitas, exigiendo que se extirpe el uso de algo «tan dañino para la salud de las almas y los cuerpos». No obstante, la Compañía de Jesús había anticipado la próspera explotación de esta droga —que se acerca hoy al medio millón anual de toneladas— y acariciaba el proyecto de propagar el mate en Europa, compitiendo con el cacao mexicano y con el café y el té importados de Oriente.

Comenzaron entonces a divulgarse noticias bien distintas sobre la hierba mate. A principios del siglo xvii, un alto funcionario de la Real Audiencia de Chile dice «que San Bartolomé viajó a América para descubrir esta planta a los naturales». En 1667, un tal Diego de Ceballos escribe un tratadito donde San Bartolomé es sustituido

por el apóstol Tomás —el que no creyó la muerte de Cristo hasta palpar sus heridas—, y dice lo siguiente:

San Tomás apóstol, llegando desde Brasil y predicando el evangelio en la provincia Mbacarayú, halló selvas dilatadas de estos árboles, cuyas hojas eran mortífero veneno; pero tostadas por el santo apóstol perdieron en sus manos y en el fuego todo lo nocivo, quedando eficaz antídoto.

La hierba diabólica sería ya «el beneficioso té del Paraguay». Pero es interesante observar que antes, mientras este estimulante estuvo prohibido, su consumo alcanzó cotas altísimas. En palabras del padre Lozano, cuando la carta del cardenal Borromeo ordenó perseguir el uso del mate, en 1620,

... cundió de tal manera el abuso de la yerba que sólo en la ciudad de Asunción se consumían de 14 a 15.000 arrobas por año, siendo así que sólo se contaban quinientos vecinos españoles.

Otro estimulante de origen americano es el cacao, cuyo cultivo parece originario de México, donde los emperadores aztecas lo consumían ceremonialmente —en una línea afín a la del Inca con la coca—, conservándose cuencos, cucharas y otros instrumentos de oro para su administración. La primera noticia sobre este fármaco aparece en una carta de Hernán Cortés al rey español, y atendiendo a sus cualidades el gran naturalista Linneo lo llamó *theobroma*, «alimento divino». La teobromina, su principal alcaloide, pertenece a la familia cafeínica.

El tercer estimulante americano de gran relieve es el guaraná (*Paulinia cupana*), que brota en los afluentes meridionales del Amazonas y posee una concentración de cafeína notablemente superior a la del mate, el café y



la nuez de cola. El hecho de crecer en selva profunda, donde los colonizadores llegaron tarde y poco, explica que esta droga no haya motivado ni literatura ni polémica durante los primeros siglos. Hoy, en cambio, su consumo ha experimentado un aumento espectacular a nivel mundial, siendo una de las principales exportaciones brasileñas.

3. Queda por mencionar la droga más extendida y venerada en América, que es la *Herba nicotiana* o tabaco, una solanácea. Bebida, comida o fumada, esta planta interviene en ceremonias religiosas, ritos de pasaje y uso cotidiano desde la cuenca del Mississippi hasta Patagonia, y cuando falta el tabaco muchos aborígenes dicen que «la tribu es pobre».

Ya fumaban los primeros nativos descubiertos por Colón, y se sabe que los primeros en imitarles fueron Rodrigo de Jerez y Luis de la Torre, dos de los primeros en pisar suelo americano. También ellos fueron los primeros en sufrir proceso inquisitorial debido a esa costumbre, porque —según dice el acta de acusación— «sólo Satanás puede conferir al hombre la facultad de expulsar humo por la boca». Sin embargo, la droga cautiva de inmediato a tantas personas, y se extiende a una velocidad tan inaudita por Europa, África y Asia, que en 1611 la Corona española decide gravar la exportación efectuada desde Santo Domingo y Cuba, sometiendo poco después este comercio a un régimen de monopolio estatal.

Al año siguiente los colonos de Virginia, las Carolinas y Maryland deciden lanzarse a producir en masa la planta, aunque sea un cultivo muy sacrificado, que agota rápidamente los terrenos más fértiles, requiere constantes atenciones y pone a los agricultores en condiciones muy

precarias hasta vender la cosecha, sin recursos a veces para alimentarse ni alimentar animales domésticos. Meses después el rey inglés Jacobo I condena el uso de una substancia «cuyo humo evoca el horror de un insufrible infierno, lleno de alquitrán», aunque decide gravar fiscalmente su importación; antes de que pase mucho tiempo Virginia está produciendo 35 millones de kilos de tabaco para mascar y fumar.

Controlada por Inglaterra y España, esta inundación del mundo con una droga desconocida no deja indiferentes a otros gobiernos. A mediados del siglo xvii, el zar Miguel Fedorovich dispone que se atormente a todo fumador hasta que confiese quién le proporcionó el tabaco, y que luego se corte la nariz de ambos. En esos años el sultán Murad IV «gustaba de sorprender a los hombres fumando, incluso en el campo de batalla, y castigarlos con decapitación, desmembramiento o mutilación de pies y manos». En 1640 el último emperador de la dinastía Ming decreta pena de muerte para tráfico y consumo de tabaco. Dos años después, en 1642, el papa Urbano VIII excomulga al que «se permita abuso tan repugnante en lugares próximos a las diócesis y sus anexos», sin duda pensando en los clérigos. Ocho años más tarde cualquier uso del tabaco está prohibido también en Baviera, Sajonia y Zúrich, y poco después en Transilvania, Berna, Saint Gall y Suecia. El shah de Persia decreta pena de muerte para este «abuso», y en 1691 la comarca alemana de Lüneberg pone en vigor el patíbulo para quien masque, inspire nasalmente o inhale humo de tabaco. La costumbre parece una «desvergüenza» nueva, extraña e intolerable.

Pero tras España e Inglaterra, deciden gravar fiscalmente este comercio Portugal (1664), Austria (1670) y

Francia (1674). Los aires liberales del siglo XVIII harán que las prohibiciones vayan cediendo en la gravedad de sus castigos, o caigan en simple desuso; Pedro el Grande de Rusia renuncia a torturas y mutilaciones, por ejemplo, vendiendo al trust inglés del tabaco la legalización de esa droga por 15.000 libras esterlinas. También el papado reconsidera su actitud de excomunión, y Benedicto XIII acepta la llamada «ebriedad seca», para «evitar a los fieles el espectáculo escandaloso de dignatarios eclesiásticos escapando del santuario para irse a fumar a escondidas».

En 1626 hallamos un tratadito —llamado *El tabaco, panacea universal*, escrito por un tal J. Leander— donde se defiende su capacidad para «elevar en éxtasis y crear una comunicación con los dioses». Evidentemente, los tiempos han cambiado mucho.

## IX. El fin del viejo régimen y las guerras del opio

La unidad de Iglesia e Imperio se ha desintegrado en varios Estados nacionales, y la idea tradicional de la autoridad ha sido erosionada por el racionalismo y la ilustración. Suplantar el juicio del adulto en materias de conciencia —alegando hacerlo por su bien— parece cada vez más indefendible, y aunque las monarquías absolutas sueñen con un reinado perpetuo el espíritu moderno está sentando las bases de democracias parlamentarias, incompatibles con la caza de heterodoxos religiosos.

Para nuestra particular historia, esto significa que las drogas del paganismo emergen a la luz del día, amparadas ahora por médicos, boticarios y químicos. Habían sido siempre un destacado medio de comunicación entre culturas, pero ahora hay una movilización de energías e inversiones acorde con el progresivo control occidental del mundo.

Conociendo —y temiendo— la propensión humana a borrar males propios por su transferencia a un chivo expiatorio, la revolución americana y la francesa quisieron establecer un sistema que, en lo sucesivo, impidiese al poder político frenar el cambio social, convocando gue-

rras santas contra «epidemias» no causadas por algún microbio. Thomas Jefferson, padre fundador de los Estados Unidos, lo expresa con extraordinaria claridad en 1782:

No parece suficientemente demolida la pretensión de que las operaciones de la mente, así como los actos del cuerpo, están sujetos a la coacción de las leyes. Los poderes legítimos del gobierno sólo se extienden a los actos que lesionan a otros. Millones de hombres, mujeres y niños inocentes han sido quemados, torturados, multados y encarcelados desde que se introdujo el cristianismo. ¿Cuál ha sido el efecto de la violencia? Hacer de la mitad del mundo estúpido y de la otra mitad hipócrita, apoyar la bellaquería y el error sobre toda la tierra.

Naturalmente, ese espíritu implicaba retornar sobre la eutanasia como derecho, y el propio Jefferson aborda el tema en otro texto:

El veneno más elegante que conozco es un preparado a base de datura estramonio, inventado por los franceses en tiempos de Robespierre. Suscita el sueño de la muerte tan serenamente como la fatiga o el sueño ordinario, sin la menor convulsión o movimiento. Si ese medicamento pudiera quedar restringido a la autoadministración, creo que no debería permanecer secreto. Hay en la vida males tan desesperados como intolerables, para los que sería un alivio racional.

Algunas décadas antes —en las *Cartas persas*— el barón de Montesquieu, uno de los maestros de Jefferson, había sugerido «consolarse con cosas mejores que el licor y la lectura de Séneca», mencionando a propósito de ello «las bebidas orientales que causan regocijo». Nadie habla ya de las plantas y brebajes de Satán, ni del binomio droga-concupiscencia. Resucita la legitimidad del uso lúdi-

co, tanto como del uso ceremonial, y deja de ser una evidencia que el dolor sea grato a Dios.

1. Volviendo al opio en particular, el primer preparado con gran éxito de esta droga fue el láudano de Paracelso, al que siguieron el del abate Rousseau —médico de Luis XIV—, el láudano o *vinum opii* de Sydenham y otras recetas parecidas, con ingredientes adicionales muy caros.

El primer medicamento opiado barato, potente y de gran fama serán los llamados polvos de Dover, un personaje que tras doctorarse en medicina ejerció como filibustero en América, encontró a A. Selkirk —el Robinson de Daniel Defoe— y, ya enriquecido, montó en Londres la primera consulta gratuita. Sus polvos —que contenían un 20 % de opio, el doble que el láudano de Sydenham— se vendían en boticas como hoy la aspirina o el bicarbonato, aunque para una gama de síntomas más amplia, que iba del dolor en general al insomnio, de las contracciones del útero o trastornos gástricos.

Por otra parte, no pueden ser más ilustres quienes usan abiertamente esta droga: las casas reales de Suecia y Dinamarca, Pedro el Grande y Catalina de Rusia, Federico II de Prusia, María Teresa de Austria, Luis XV y XVI, Guillermo III de Inglaterra. Un extenso tratado sobre el opio, que aparece en 1700, dice:

Hace el don de sueños agradables, libera del miedo, el hambre y el dolor, y asegura al que lo consume regularmente puntualidad, tranquilidad de espíritu, presencia de alma, rapidez y éxito en los negocios, seguridad en sí mismo, esplendor, control de espíritu, valor, desprecio por los peligros, cordialidad, fuerza, satisfacción, paz de conciencia e impar-

cialidad. Millones de personas pueden confirmar mi testimonio.

Casi un siglo más tarde, es *Fausto*, el personaje de Goethe, quien entona una alabanza al «encantador jugo narcótico». Las cuentas de farmacia del propio Goethe —como las de Novalis, Coleridge, Shelley, Byron, Wordsworth o Keats, los grandes poetas de su tiempo— muestran un consumo regular de láudano. Ciertos pintores y literatos —como Goya o Walter Scott— llegan a tomar dosis muy altas, pero sin motivar especial escándalo; por entonces quienes llamaban la atención eran los alcohólicos crónicos, acogidos mejor o peor por la beneficencia.

Al igual que vinos y licores, las familias tenían elixires para la tos, grageas para los nervios, láudanos para cólicos y téis opiados para el insomnio. Aunque esos productos fuesen marcadamente psicoactivos, sólo se tomaban como medicinas en sentido pagano, esto es: como un modo de combatir molestias y sentirse mejor. Quien los usaba desordenadamente daba muestras de necesitarlos más, cosa extraña, y procuraba que esa circunstancia anormal no recibiese publicidad, del mismo modo que procuraba no difundir cualquier otra manía. Sobre estas bases, la era de los láudanos se prolonga en Europa y América durante dos siglos largos, sin oposición ni conflicto. El Viejo Mundo es a la vez el primer importador y el primer exportador del planeta.

2. Esta edad de oro para el opio tiene interesantes correspondencias con el comercio europeo. El negocio de Génova y luego Venecia con Alejandría se basó en que los itinerarios de la seda estaban expuestos desde el siglo xvii a dificultades cada vez mayores: la ruina del imperio

mongol, las plagas, el bandidaje y la hostilidad a los cristianos fueron aumentando la dependencia hacia la ruta sur, que pasando por Bagdad desembocaba en Egipto. Pero todo esto se altera cuando un equipo de capitalistas italianos y navegantes portugueses alcance Calcuta por mar. Eso no sólo liquida el monopolio de Venecia, sino el control musulmán sobre el tráfico de especias orientales, fuente de grandes ganancias por entonces.

Al igual que el español en América, el portugués quedó fascinado por la riqueza botánica de India y China. De ahí que muchas expediciones llevaran médicos y herboristas para investigar la flora. Tomaz Pivez de Leira, por ejemplo, que fue embajador de Portugal en el Celeste Imperio, llegó a Cantón como simple boticario, perito en el reconocimiento de hierbas medicinales. Por él sabemos que en 1516 tanto los indios como los chinos consumían opio generosamente, comiéndolo. Otro boticario, García da Horta, refiere que algunos llegaban a tomar hasta 60 gramos diarios —una cantidad enorme, doscientas veces superior a la dosis media—, para «tratarse los nervios», y el médico Cristóval da Costa menciona que cierto escribano indio tomaba de golpe casi 20 gramos, sin mostrar síntomas de entorpecimiento.

Pero el opio de la cuenca mediterránea y Asia Menor puede llegar al 16 % de morfina, mientras el bengalí rara vez alcanza el 8 %, y el chino suele estar por debajo del 7 %. Las dificultades que tenían las caravanas para transitar por la ruta de la seda llevaban tiempo limitando en Extremo Oriente la provisión de opio egipcio, turco e iraní, y al llegar los portugueses con cargamentos de gran calidad, capaces de competir muy ventajosamente con el producto local, no pocos comerciantes chinos aceptaron ese jugo de adormidera como si fuese oro o



plata: gramo a gramo tenía el doble o más de actividad.

3. Dichas circunstancias, aliadas con el derrocamiento de la dinastía Ming en China por los invasores manchúes, dispararán los primeros conflictos con el opio en esas latitudes. Ya el último emperador Ming, estupefacto ante la rapidez con que se extendía el consumo de tabaco por sus territorios, decidió prohibir esa droga, y —como sucediera con la prohibición de los aguardientes europeos decretada por la dinastía anterior, los Yuan o mongoles— buena parte del pueblo se negó a obedecer; otra parte decidió sustituir el tabaco fumado por opio, qué hasta entonces era un producto consumido por vía oral.

La entronización de los manchúes provocó un generalizado descontento popular, que se manifestó en piratería, fortalecimiento de sociedades secretas y estallidos campesinos de insurrección, a los que seguirían terribles guerras civiles en el sur y en el norte, que produjeron no menos de 50 millones de muertos y se consideran las más sangrientas de la historia universal; los misioneros jesuitas y protestantes contribuyeron a instigar los estallidos de violencia, pero las causas últimas están en la codicia y crueldad del nuevo gobierno.

Fue el emperador manchú Yun-cheng quien en 1729 prohibió por primera vez el comercio de opio con los europeos, aunque no el cultivo de adormidera en China. Sus motivos fueron impedir un trueque de té, especias y seda por la droga, que minaba las reservas imperiales de metales preciosos. Como la decisión excitó corrupciones en la burocracia y una firme resistencia pasiva del pueblo, en un acceso de soberbia el emperador Chia-ching

prohibió en 1793 no sólo la importación de opio sino el cultivo de adormidera en todo el territorio, proporcionando así una definitiva ventaja al contrabando. El motivo alegado fue que «antes usaban la droga campesinos y personas de reputación dudosa, pero se ha extendido a miembros de buenas familias, estudiantes y funcionarios».

Sin embargo, esto era incierto. Ya a principios del siglo VII una embajada bizantina había llevado como obsequio a la corte imperial varios litros de la triaca galénica, y desde entonces tanto este preparado como el opio puro formaban parte de la farmacopea oficial. Mucho antes de que los europeos iniciasen el tráfico marítimo de la droga, toda suerte de estratos sociales la conocían, y era incluso usada en pastelería —cosa nunca vista en cualquier otra parte del mundo. O Chia-ching consideraba que eran «campesinos y personas de reputación dudosa» él mismo, sus concubinas, sus generales y sus cortesanos —generosísimos usuarios de opio hasta el fin de la dinastía, a principios del siglo XX—, o bien estaba ante un típico caso de doble moral, cuyo fundamento residía en el motivo económico antes expuesto. Pero la doble moral producirá resultados pavorosos.

4. En 1729, cuando el primer emperador manchú ordena estrangular a contrabandistas y dueños de fumaderos, la importación clandestina —hecha sobre todo por portugueses— asciende a tonelada y media aproximadamente. En 1820, cuando la pena de muerte se aplica tanto a traficantes como a usuarios, el contrabando asciende a unas 750, y dos décadas más tarde supera las 2.000. Tras duras luchas entre portugueses, ingleses y holandeses, quien se alza con el suministro de materia

prima es la East India Company, que ha roturado enormes plantaciones de adormidera en Bengala, y tiene como principal valedor a Palmerston, primer ministro de la Corona. En 1838 —por primera vez en su larga historia— la balanza comercial china arroja un saldo desfavorable, y el emperador Tao-kuang reúne a sus consejeros para tomar medidas; una facción propone legalizar nuevamente el uso y volver a cultivar adormidera, mientras otra propone insistir en la mano dura. Antes de que la disputa se zanje, el principal representante de esta segunda facción —el mandarín Lin Tse-hsü— arroja al mar casi 1.400 toneladas de opio almacenadas en Hong-Kong, y aunque es destituido de inmediato por el Emperador varios hechos colaterales desembocan en una declaración de guerra por parte de los ingleses, basada en «el intolerable atentado contra la libertad de comercio». Se conserva una carta de Matheson, presidente de la East India Company, al primer ministro Palmerston donde dice que «el mercado padecía una verdadera saturación del producto; la tontería de Lin aumentará los beneficios».

La guerra no tendría color. El corrupto y desmoralizado ejército chino es barrido por un cuerpo expedicionario inglés. Por el Tratado de Nanking (1843) cesan las hostilidades, estableciéndose una alta indemnización en metálico, la cesión de Inglaterra de Hong-Kong y Amoy y la apertura al comercio de cinco nuevos puertos. Por expreso deseo inglés, el opio sigue sometido a prohibición, aunque ahora se reparte con total comodidad. Trece años más tarde el contrabando supera los cinco millones de kilos, el virrey de Cantón se niega a pagar las indemnizaciones previstas y estalla la segunda guerra del opio, concluida en una rápida rendición por el tratado

de Tientsing (1858). Los europeos se abren nuevos puertos para el comercio y la residencia de extranjeros, y se aseguran lo más odioso a nivel popular, que es una libertad completa de movimientos para las misiones cristianas; aunque el Imperio se ha rendido, la importación de opio sigue nominalmente prohibida.

Pero la derrotada emperatriz Tseu-hi, reconocida opiómana, asesta un duro golpe a la East India Co. legalizando la importación y el consumo (a cambio de un arancel del 5 %), y su sucesor en el trono consuma la catástrofe para la Compañía en 1880, cuando decide volver a cultivar adormidera en el suroeste, poner en marcha programas de información pública y abrir centros de desintoxicación para quienes deseen acabar con su hábito. En 1890 el país produce ya el 85 % de su demanda interna, y amenaza con abastecer a toda Asia en pocos años. Curiosamente, es sólo entonces cuando el Parlamento inglés declara que el tráfico de opio a gran escala «es una empresa moralmente injustificable». En 1838 ese mismo Parlamento había recomendado «conservar una fuente de ingresos tan importante».

Es notable también comprobar que el cambio de situación no multiplicará el número de usuarios, y que las nuevas generaciones mostrarán hacia el opio una actitud de autocontrol antes menos frecuente. Los historiadores chinos confirman la declaración oficial de su Gobierno en 1906: tres décadas después de convertirse en una mercancía de libre comercio, en el Celeste Imperio hay aproximadamente 2.700.000 «usuarios regulares», cosa que equivale al 0,5 % de la población total, un porcentaje casi veinte veces inferior —por ejemplo— al que hoy depende en Occidente del *Valium* y sus análogos. Una proporción muy parecida a ese 0,5 % se observa en las gran-

des colonias chinas de Saigón, Singapur y Manila, donde su consumo libre fue compatible con la laboriosidad y el orden tradicionales en este pueblo.

5. Hasta qué punto el régimen legal de una droga determina el tipo de uso lo muestra la India durante todo el siglo XIX. El formidable mercado negro chino hizo que primero los portugueses y luego los ingleses practicasen allí una cultura intensiva de adormidera. Pronto esos cultivos están produciendo muchos millones de kilos anuales de opio, que por su bajo precio abastecen literalmente a medio planeta. Sumada a la ausencia de controles legales sobre el consumo, una producción tan enorme sugirió al gobierno inglés investigar a fondo el estado de cosas en India, y los resultados de esa larga encuesta —realizada sobre miles de casos, por varias docenas de médicos— fueron publicándose en gruesos volúmenes desde 1884 hasta 1896, y se conocen como Informe de la *Royal Commission on Opium*.

Sus conclusiones resultaron terminantes. Para empezar, los usuarios regulares —«desde un gramo a tres o algo más al día»— rondaban el 5 % de la población total, mientras por esos años en China se aproximaban al 0,5 % del conjunto. Sin embargo, no planteaban problema sanitario o criminal de ninguna especie; según la Comisión, «el opio en la India se parece más a los licores occidentales que a una sustancia aborrecible», y «se observa una especie de resistencia de los nativos a los efectos tóxicos del fármaco». En la inmensa mayoría de los casos investigados, concluía el Informe, hay «un uso habitual y moderado que carece de inconvenientes para la salud y el bienestar».

## X. El siglo XIX

En el interés por toda suerte de drogas psicoactivas no sólo influyen químicos, farmacéuticos y médicos, sino literatos, filósofos y artistas. Las necesidades de unos parecen confluir con las posibilidades abiertas por otros, dentro de coordenadas generales favorables. En última instancia, la meta es someter el ánimo a la voluntad, disponiendo de la emoción y la percepción como un pianista dispone de su teclado. Con más o menos timidez, ese proyecto informa el pensamiento de varios genios literarios, desde Coleridge y De Quincey a Baudelaire y Rimbaud, incluyendo al creador del pragmatismo filosófico, William James, y al vitalista Nietzsche, que definió la ebriedad como «juego de la naturaleza con el hombre».

La química realiza por su parte avances sensacionales. Combinados con la conveniencia comercial, esos hallazgos resucitan la idea de drogas perfectas —*panakeiai*, panaceas—, encarnadas por sucesivas sustancias que irán proponiéndose como versiones modernas y superiores de las triacas antiguas. A mediados del XIX, en las boticas de América y Europa hay unos 70.000 remedios de fórmula secreta (el Tónico del Doctor X, el Agua Milagrosa de Z, etc.), que casi invariablemente usan drogas

psicoactivas y se anuncian en toda suerte de publicaciones, muros y vallas.

Poco puede extrañar, porque se han descubierto los principios activos —los fármacos puros— de distintas plantas, en una sucesión que comienza con la morfina (1806) para seguir con codeína (1832), atropina (1833), cafeína (1841), cocaína (1860), heroína (1883), mescalina (1896), barbitúricos (1903) y el uso como anestésicos de éter, cloroformo y óxido nitroso (el gas de los dentistas), entre otras sustancias psicoactivas. Ya no era preciso transportar masas vegetales corruptibles de un sitio a otro, porque en un maletín cabían hectáreas de cultivos. Tampoco habría las incertidumbres derivadas de concentraciones desiguales en distintas plantas, pues la pureza permitía dosificar con exactitud, multiplicando los márgenes de seguridad para el usuario.

Las drogas dejaron de ser vegetales más o menos mágicos, ligados a ritos y aspectos. Sus principios —casi siempre compuestos alcalinos o alcaloides, formados básicamente por carbono, hidrógeno y nitrógeno— se comprendieron como elementos nucleares de la sustancia orgánica —no menos «maravillosos» desde luego, pero libres de énfasis mítico. El proceso llamado intoxicación ¿era algo distinto de entrar el cuerpo en contacto, por vía externa, con sustancias internas permanentes y esenciales para su funcionamiento? Y si fuera así, ¿no contendría su estudio un tesoro de hallazgos útiles? Louis Lewin, la eminencia psicofarmacológica de su tiempo, comenta al comienzo de *Phantastica*:

Salvo los alimentos, nada hay sobre la tierra tan íntimamente asociado a la vida de los pueblos, en todos los países y tiempos.

Esto se piensa al comienzo de la civilización industrial, un período de cambio, tensión y feroz competitividad en nombre del Progreso, que excita insomnio, neurosis y abatimiento. Económica y sociológicamente latían procesos inflacionarios, los riesgos de la pura especulación, el peligro de desfase por innovación en técnicas comerciales, la proletarización de grandes masas campesinas, el hacinamiento en suburbios miserables de grandes ciudades. Comenzaba también una crisis de fe religiosa y autoridad dentro de la familia tradicional, que propiciaba en algunos la nostalgia hacia viejos tutores y tabúes, mientras otros caían en el desarraigo, incapaces de adaptarse al pasado tanto como al presente. Estaba también la creciente prisa con la que iba siendo preciso hacer las cosas.

Justamente entonces —mientras se suceden las revoluciones y restauraciones políticas, pero prosigue incontenible la transformación tecnológica del mundo— los ojos se vuelven con entusiasmo hacia las drogas con influencia sobre el ánimo.

1. El primer gran fármaco del siglo XIX fue la morfina, uno de los alcaloides del opio, considerada de inmediato como el más notable medicamento descubierto por el hombre. Usada en la guerra civil americana y en la franco-prusiana de 1870, su capacidad para calmar o suprimir el dolor convirtió en silenciosos recintos a hospitales de campaña antes poblados por aullidos y llantos.

Entre los primeros morfinómanos descritos, el 25 % resultaron ser mujeres. Datos ulteriores indican que casi el 65 % eran terapeutas, personal sanitario o familiares suyos; los demás integraban un grupo heterogéneo don-



de había clérigos, profesiones liberales, gente de la alta sociedad, bohemia y algunas prostitutas. Casi todos pertenecían a la clase media, y mantenían una discreta reserva sobre su costumbre, aunque en algunos de los más elegantes salones europeos se puso de moda pincharse públicamente y regalar estuches firmados por famosos orfebres con jeringas de oro o platino.

Que la morfina —usada con orden e higiene— podía inyectarse varias veces al día sin acortar la vida ni reducir la capacidad de trabajo lo probaron muchos casos registrados en el Viejo y el Nuevo Mundo. Entre otros están W. S. Halsted, principal cirujano americano de su tiempo, Wagner y Bismarck.

2. Cinco veces más activa aún que la morfina resultó ser la diacetilmorfina, que debido a sus virtudes enérgicas (*heroisch*) apareció en el mercado con el nombre de heroína. Gracias a este fármaco y a la aspirina —vendidas en un envase doble—, la pequeña fábrica de colorantes de F. Bayer se convirtió en un gigante químico mundial. Pasando por alto su capacidad para producir dependencia, el prospecto de Bayer decía verdades irrefutables sobre su producto:

1) Al revés que la morfina, esta sustancia produce un aumento de actividad. 2) Adormece todo sentimiento de temor. 3) Incluso dosis mínimas hacen desaparecer todo tipo de tos, hasta en los tuberculosos. 4) Los morfinómanos tratados con esta sustancia perdieron de inmediato todo interés por la morfina.

Lanzada con un gran alarde publicitario en 1898, la heroína inunda farmacias de todos los continentes, donde persistirá en régimen de venta libre después de que

opio y morfina empiecen a ser controlados. Los médicos la prefieren, por las mismas razones que un siglo antes prefirieron la morfina al opio: hace el mismo efecto antiálgico en dosis mucho menores, posee una euforia más marcada y durante varias horas funciona como un suave pero intenso estimulante.

Tanto la morfina como la heroína serán preconizadas por misioneros occidentales para rehabilitar a opiómanos de Extremo Oriente. Todavía hoy la morfina se conoce en China como «opio de Cristo», debido a ello. Entre 1911 y 1914, por ejemplo, Inglaterra exporta a esos territorios 40 toneladas de morfina, y Alemania 10 de heroína, que por potencia equivalen a unas 10.000 toneladas de opio indio. El plan sanitario que los occidentales recomendaron al Emperador se basaba en la llamada «píldora antiopio», cuyo ingrediente principal era heroína.

3. La cocaína es aislada por primera vez en 1859, y pronto se comercializa a gran escala. La propaganda resulta aún más intensa que la de morfina y heroína, pues pasa por «alimento para los nervios» y «forma inofensiva de curar la tristeza». Tras centenares de comunicaciones en revistas más o menos científicas, el joven Sigmund Freud emprende una investigación global con el fármaco, que incluye autoensayos, revisión de toda la literatura existente y propuestas de uso. Parke Davis le pagará en especie —quizá también en metálico— por declarar que su cocaína es «preferible» a la de Merck, aunque Freud aparece también en el prospecto de la cocaína Merck loando el producto. E. Merck se atrevió incluso a atribuirle —sin fundamento— que la cocaína «permitiría prescindir totalmente de los asilos para alcohólicos».

El creador del psicoanálisis fue antes la autoridad mundial sobre esta droga.

Hacia 1890 hay un centenar de bebidas que contienen extractos muy condensados de coca o cocaína pura. Junto a los famosos vinos y licores Mariani, la más célebre será el *French Wine of Coca, Ideal Tonic*, un espumoso alcohólico de base cocaínica, registrado y comercializado como Coca-Cola por un boticario de Georgia en 1885. Al año siguiente, viendo que empezaba a gestarse la ley Seca, suprimió el alcohol, añadió nuez de cola (que contiene cafeína) y esencias de agrios para realzar el gusto, lanzando al mercado la Coca-Cola como «remedio soberano» y «bebida desalterante». El inventor, J. S. Pemberton, vendió su participación a otro boticario, A. Grigs Candler, que completó el lanzamiento mundial del producto añadiéndole el sistema de barril y espita refrigerante, origen del *drugstore* americano.

Tras algunas disputas, la cocaína sugiere a principios del siglo xx tres actitudes básicas. Unos creen que «su capacidad para producir estados dulcísimos la hace mortífera»; otros pretenden que es una panacea terapéutica, rara vez abusada, y otros piensan que resulta tan útil para algunas finalidades y personas como inútil para finalidades o personas distintas.

4. El 8 de octubre de 1800, el entonces general Bonaparte prohíbe usar haschisch en todo Egipto —para evitar «delirios violentos y excesos de toda especie». El principal efecto de esta ordenanza será excitar la curiosidad de algunos médicos franceses. Considerando que el cáñamo es un modo de conocer la mente, y puede ser objeto de investigación científica, el psiquiatra J. Moreau de Tours acabará rodeado por un grupo de escritores y

artistas —el *Club des Haschischiens*—, donde recalán Gautier, Baudelaire, Delacroix, Nerval, Verlaine, Rimbaud, Hugo e incluso Balzac. El resultado más duradero de sus sesiones serán varios artículos de Baudelaire, publicados luego bajo el nombre genérico de *Los paraísos artificiales*.

Entre médicos, el prestigio del fármaco no llega a establecerse en medida remotamente parecida a la de otras drogas. Parece una sustancia tosca, cuyo principio activo sigue sin descubrirse, propia de medicinas primitivas, aunque algunos facultativos recomiendan láudanos de haschisch como analgésico, hipnótico y antiespasmódico. El propio Nietzsche emplea algunas veces la sustancia, y queda convencido de que permite acercarse a «la prodigiosa velocidad de los procesos mentales». Pero ningún texto del período tendrá la solidez de los siete volúmenes de la *Indian Hemp Drugs Commission*, publicados por el gobierno inglés en 1894; su Informe termina así:

Considerando el tema de una forma general, cabe añadir que en la India el uso moderado de haschisch y marihuana es la regla, y que el uso excesivo resulta excepcional. El uso moderado no produce prácticamente ningún efecto nocivo, y el trastorno que produce un uso excesivo se limita casi exclusivamente al mismo consumidor: el efecto sobre la sociedad es raras veces apreciable.

A mediados de siglo se detecta la rápida difusión del peyotismo desde México central hasta algunas provincias canadienses, un fenómeno que prende como Iglesia Americana Nativa en más de cincuenta tribus. Algunos investigadores se interesan por la planta, y en 1888 su análisis químico aísla como principio activo la mescal-

na. L. Lewin, su descubridor, considera que «transporta a un mundo nuevo de la sensibilidad y la inteligencia; comprendemos que el viejo indio mexicano haya visto en esta planta la encarnación vegetal de una divinidad». Por entonces es moda en algunos salones de Nueva York celebrar una ingestión de peyote según el rito kiowa, y tienen contactos más o menos jubilosos con esta droga Havelock Ellis, Yeats y O'Neill.

5. Aunque usadas en principio como anestésicos, y como disolventes en la industria química, el cloroformo y el éter fueron empleados también como drogas lúdicas o recreativas. Promovido por una campaña antialcohólica que lanza el clero irlandés desde 1850, el éter está en el origen de la receta médica —como cosa necesaria para que el boticario dispense—, pues una década más tarde se considera «plaga» en Europa oriental y occidental. Lo consumen estratos humildes de población (por resultar más barato que los aguardientes si se añade a la cerveza), y también grupos de alta sociedad aficionados a la «decadencia», donde —como en el carnaval brasileño— suele más bien inhalarse que beberse; Guy de Maupassant será el eterómano más creativo.

Es curioso observar que, según los médicos del período, estos embriagantes «no causaron un número mucho mayor de víctimas gracias a la morfina y la heroína». No menos curioso es que hoy puedan obtenerse por litros en cualquier tienda de productos químicos, sin que ello promueva la más mínima alarma social.

A finales del *xix* comienzan a difundirse también los primeros hipnóticos o somníferos (cloral, paraldehído), y poco después los barbitúricos, todos ellos drogas muy propensas a la formación de hábito, con síndromes absti-

nenciales más duros que los de morfina o heroína, que pronto serán el medio favorito de suicidio para los desesperados. Nietzsche quizá llegó a depender del cloral, y Mehring y Fischer —descubridores del *Veronal*, el primer barbitúrico comercializado— morirán por sobredosis de su propio invento, tras unos pocos años de adicción.



## XI. La reacción antiliberal

Hacia 1900 todas las drogas conocidas se encuentran disponibles en farmacias y droguerías, pudiéndose comprar también al fabricante por correo. Esto sucede a nivel planetario, lo mismo en América que en Asia y Europa. La propaganda que acompaña a esos productos es igualmente libre, y tan intensa como la que apoya otros artículos de comercio, por no decir más. Hay sin duda adictos al opio, la morfina y la heroína, pero el fenómeno en su conjunto —los usuarios moderados e inmoderados— apenas llama la atención de periódicos o revistas, y nada la de jueces y policías. No es un asunto jurídico, político o de ética social.

Sin embargo, hay voces de protesta, convencidas de que la libertad imperante es un «problema», que empeorará tan catastrófica como rápidamente. El uso de sustancias psicoactivas se considera vicio incluso allí donde resulta ocasional y prudente, porque en realidad no es vicio tanto como *crimen y enfermedad contagiosa*. Este cambio de actitud se vincula a dos factores básicos:

a) La vigorosa reacción puritana en Estados Unidos, que mira con desconfianza las masas de nuevos inmigrantes y las grandes urbes. Las distintas drogas se ligán ahora a grupos definidos por clase social, confesión reli-



giosa o raza; las primeras voces de alarma sobre el opio coinciden con la corrupción infantil atribuida a los chinos, el anatema de la cocaína con ultrajes sexuales de los negros, la condena de la marihuana con la irrupción de mexicanos, y el propósito de abolir el alcohol con inmoralidades de judíos e irlandeses. Todos estos grupos representan al «infiel» —por pagano, por papista o por verdugo de Cristo—, y todos se caracterizan por una «inferioridad», tanto moral como económica. Otras drogas psicoactivas y supertóxicas —como los barbitúricos— no llegan a vincularse con marginales e inmigrantes, y carecerán de estigma para el reformador moral.

b) La progresiva liquidación del Estado mínimo, y el recurso a crecientes burocracias como respuesta a las explosivas relaciones entre capital y trabajo, proceso donde el estamento terapéutico irá asumiendo poco a poco las competencias atribuidas al eclesiástico en otros tiempos. Las últimas décadas del siglo XIX verán una feroz batalla de médicos y farmacéuticos contra curanderos y herboristas, cuyo principal objeto es consolidar un monopolio de los primeros sobre drogas.

La íntima vinculación de ambos factores se observa ya en el primer llamamiento a la ley Seca, publicado en 1785 por Benjamin Rush —uno de los Padres Fundadores de la nación americana—, donde leemos:

En lo sucesivo será asunto del médico salvar a la humanidad del vicio, tanto como hasta ahora lo fue del sacerdote. Concibamos a los seres humanos como pacientes en un hospital; cuanto más se resistan a nuestros esfuerzos por servirlos, más necesitarán nuestros servicios.

1. Siguiendo estas directrices, en 1869 se constituye

el *Prohibition Party* de Estados Unidos, que siempre fue minoritario pero tenía el apoyo de los terratenientes, y controlaba varios Senados estatales. Sus aliados básicos eran distintas asociaciones —a menudo exclusivamente femeninas— volcadas a promover la templanza y el decoro cristiano, cuyos miembros quizá votaban a republicanos o demócratas, pero no dejarían de castigar electoralmente a quien ignorase sus metas prohibicionistas.

Entre los próceres morales del período —unánimes en el convencimiento de que América debía «redimir» al mundo— destaca Anthony Comstock, creador en 1873 de la Sociedad para la Supresión del Vicio y padre de una cruzada federal contra la obscenidad, que por esquema y métodos constituye el precedente inmediato de la posterior cruzada contra drogas. Convencido de que «ni el arte ni la ciencia pueden ignorar el Evangelio», Comstock logró que se aprobase una dura legislación, cuyo caso más famoso implicaría a la conocida escritora y feminista Margaret Sanger, acusada de escribir en 1913 algunos artículos sobre control de natalidad; temiendo una condena a cuarenta y cinco años de cárcel, como pedía el fiscal, Sanger huyó a Inglaterra. Ese año —cuando el Congreso americano está discutiendo medidas para controlar la venta de opio, morfina y cocaína— Comstock se jactó del número de «libertinos» suicidados por su causa, añadiendo que en Estados Unidos cumplían prisión por escritos e imágenes obscenas «unas 5.000 personas».

Aglutinando lo esencial de tales actitudes se funda en 1895 la *Anti-Saloon League*, una activísima organización que pronto alcanza millones de miembros: su expreso objetivo es una América «limpia de ebriedad, juego y fornicación». En principio, la Liga sólo atacaba las be-

bidas alcohólicas, por «traidoras a la patria y a la decencia», pero la Asociación Médica Americana y la Asociación Farmacéutica —instituciones germinales por entonces— vieron una posibilidad de aliarse con la ola de puritanismo para obtener el control de las demás drogas. Esta alianza se consuma en 1903, cuando los Plenos de ambas corporaciones declaren que «quien mata el cuerpo de un hombre es un ángel comparado con quien destruye el alma de otro, administrándole sin receta una droga no vendida en alguna farmacia»; la morfina, por ejemplo, tenía «un poder diabólico, transmutable en bendición si la dispensan terapeutas diplomados». Dos años más tarde, cuando el opio y la morfina ocupan el cuarto lugar entre los fármacos más vendidos en Estados Unidos, algunos líderes de estas corporaciones empiezan a declarar que su venta libre convierte a los jóvenes en criminales y a las jóvenes en prostitutas —una profecía que habrá de esperar a la Prohibición para cumplirse.

Pocos podían calcular que dos décadas más tarde ambas Asociaciones —la Médica y la Farmacéutica— iban a denunciar ante el Congreso «una conspiración para despojar a las profesiones terapéuticas de sus derechos acostumbrados», pues casi 30.000 médicos —y unos 8.000 boticarios— están encarcelados por recetar o dispensar opio y morfina a policías disfrazados de adictos.

2. Pero esta alianza del puritanismo y el terapeutismo cristaliza en leyes porque se coordina con la expansión americana sobre el planeta, sumada a la actividad incansable de tres hombres. El primero es el reverendo W. S. Crafts, alto funcionario con Th. Roosevelt, que en la Conferencia Misionera Mundial (1900) propone cele-

brar el inicio del segundo milenio cristiano con una «cruzada civilizadora internacional contra bebidas y drogas»; su fin es «una política de prohibición para razas aborígenes, en interés del comercio tanto como de la conciencia».

El segundo es Ch. H. Brent, primer obispo de Manila tras la anexión del archipiélago filipino por los americanos, cuya principal meta en la vida fue «librar a Asia del opio». Ayudado por el metodista H. Stunz, obispo también en esa ciudad, y por las presiones de Crafts sobre Roosevelt, Brent obtuvo una prohibición para «todo uso no médico» de la droga en Filipinas, ofreciendo tratamiento gratuito —ante todo con la heroínica «píldora antiopio»— a quienes desearan curar su vicio.

El tercer prócer decisivo será H. Wright, un joven con grandes ambiciones políticas y notable energía, cuyo único problema fue el alcoholismo; aunque el presidente Wilson le acabara cesando por esa causa, en 1914, nadie hizo tanto por la prohibición del opio y la cocaína en Estados Unidos, pues diseñó el procedimiento para sacarla adelante sin enmendar la Constitución; el procedimiento fue ir presentando al Congreso proyectos de convenios internacionales como base para reclamar leyes americanas acordes con ellos. Aunque esta solución no triunfó a la primera —y dos conatos de ley fueron rechazados—, el año de su cese Wright vio coronada por el éxito su gestión, con la llamada ley Harrison.

Los desvelos de estos reformadores coincidieron con una fase difícil en las relaciones de Estados Unidos y China, hasta el extremo de que Roosevelt quería enviar un cuerpo de *marines* para defender las inversiones americanas. También cabía la solución pacífica, y nada mejor como comienzo —le dijo Brent— que «ayudar a China

en su batalla contra el opio». Wright escribió al secretario de Exteriores: «esa iniciativa puede usarse como aceite para suavizar las aguas revueltas de nuestra agresiva política comercial allí». Y Crafts se multiplicó también en apoyo de la iniciativa: como había recordado el obispo Stunz, «al menos 30 millones de americanos exigen gestos semejantes». Desistiendo de pedir fondos para una invasión, el presidente pensó que con incomparablemente menos dinero podía convocar una conferencia internacional sobre el opio, y aprovechar la distensión para negociar los intereses económicos.

Así fue como una comisión formada por Brent, Wright y el misionero C. C. Tenney convocó la Conferencia de Shanghai (1906). Acudirían a ella 12 países, cuyos delegados se mostraron reacios a emprender una cruzada contra el uso extra-médico de esa droga. En vez de «resoluciones», la delegación americana —Brent, Wright y Tenney— sólo pudo obtener vagas «recomendaciones» (como instar a la gradual supresión del opio *fumado*), que a Wright le parecieron «decepcionantes» en privado, y «un gran éxito» cuando informó ante el Congreso. Pero Shanghai fue el germen de futuras reuniones, donde una América cada vez más fuerte se haría oír cada vez más. Tres días antes de estallar la P. G. M. se firma el Convenio de La Haya (1914), que propone a todas las naciones «controlar la preparación y distribución de opio, morfina y cocaína». Incorporado como anexo al Tratado de Versalles (1919), el Convenio sentará para lo sucesivo el principio de que es un deber —y un derecho— de todo Estado velar por el «uso legítimo» de ciertas drogas.

3. La energía de estos reformadores, por otra parte,

era un fiel reflejo de la situación en Norteamérica. En 1914 fumar tabaco es ilegal en 12 Estados, y pronto lo será en 28. Las restricciones al consumo de alcoholes van haciéndose cada día más unánimes y severas. Es precisamente entonces cuando el Congreso federal aprueba una ley rara, porque se presenta como norma administrativa —exige estar inscrito en ciertos registros para fabricar, dispensar y poseer opio, morfina y cocaína—, pero es en realidad una norma penal sustantiva, que pretende borrar todo uso «no médico» de tales cosas, y confiere la última palabra sobre que sea o no «médico» a un nuevo organismo, el *Narcotics Control Department*. Una semana justa después de aprobar este precepto —la ley Harrison—, el Congreso recibe un pliego con seis millones de firmas pidiendo la ley Seca.

De no mediar esta ingeniosa solución, la cruzada contra opio, morfina y cocaína habría debido seguir los prolijos trámites superados por la cruzada antialcohol, que llevaron a la Enmienda XVIII. Pero hasta qué punto el articulado de la ley Harrison engañó al gremio terapéutico americano lo indica que tanto la Asociación Farmacéutica como la Médica lo informasen favorablemente, aunque aclarando —en sendos editoriales de sus *Journals*— que sería inconstitucional interpretarlo como «una cesión de poderes policiales» a personas distintas de médicos o farmacéuticos. Al fin y al cabo, ninguno de sus preceptos hablaba de cambiar la farmacopea, borrando de ella esas tres drogas.

Sin embargo, tras la fachada de una ley postal-registral estaba el propósito de acabar con esos tres euforizantes, y con cualesquiera otros «que creen o exciten apetitos antinaturales», como recordaba Wright. Obligado a resolver los primeros procesos, el Tribunal Supre-

mo federal vacilará durante cinco años sobre la constitucionalidad de la ley Harrison, absolviendo a los acusados de violarla, hasta que en 1919 —el mismo año en que se aprueba la ley Seca— los jueces ceden al clamor prohibicionista con dos sentencias: una condena a cierto médico por recetar quinientos viales de morfina a un paciente, y otra declara que la terapia de mantenimiento es «una perversión semántica, indigna de un médico». Semanas después, el director del *Narcotics Control Department* declara sentirse «justificado para revocar la autoridad de médicos y boticarios». La cruzada está en marcha, y afecta tanto al alcohol como a los derivados de adormidera y coca.

4. En 1905, cuando aparecieron las primeras voces de alarma, el Congreso americano encargó a un comité especial evaluar el número de «habituaados» a opiáceos y cocaína en Estados Unidos. Sus conclusiones fueron que podía haber unas doscientas mil personas —cifra equivalente a un 0,5 % de la población entonces—, pero que el ritmo de aumento en las importaciones presagiaba una rápida ampliación de ese número.

Los habituaados a opio y morfina eran mayoritariamente personas de segunda y tercera edad, bien integradas social y laboralmente, que habían empezado a consumir dichas drogas por recomendación médica y llevaban una o varias décadas usándolas. Los amantes de la cocaína no eran tan senectos, aunque tampoco se hicieron notar por sus excesos; entre 1906 y 1914, Georgia, el estado americano teóricamente más castigado por abusos de la droga entre los negros, sólo registró dos casos de personas que acudieran a una clínica pidiendo tratamiento para su vicio.

Más interesante aún que estos datos nos resulta que en ese informe del Congreso no se mencionaran muertos por sobredosis accidental, ni delitos cometidos por influjo de opio o morfina. Entre la documentación usada por el comité especial obraban algunos recortes de periódicos sureños con noticias sobre el aumento de agresiones sexuales a blancas por partes de negros cocainizados (fundamentalmente gracias a la Coca-Cola), pero los senadores no creyeron que ese material fuese concluyente.

En 1919, otro comité encargado por el Congreso de evaluar el número de habituados (que ahora son «adictos») cifra su número en unos 238.000, indicando que su ritmo de aumento no sólo no era el previsto en 1905, sino inferior al aumento global de la población. Tampoco hay en este informe ningún apartado sobre casos de sobredosis, ni sobre delitos cometidos por adictos. Con las drogas en la farmacia y la droguería, sencillamente no hay casos de sobredosificación *accidental* (hay sólo suicidios voluntarios), y tampoco hay estímulo a la criminalidad en sus usuarios. Pero en 1919 América está inflamada por fervores prohibicionistas, y la cifra de 238.000 drogados parece «monstruosa».

Provistos ya de una legislación represiva, y convencidos de que ese cuarto de millón de personas «desearía dejar de drogarse, siempre que se lo pusieran difícil», los cruzados diseñan un sistema que básicamente consiste en disfrazar a policías de usuarios, para que se infiltren en consultas médicas y farmacias; si en alguno de estos lugares se les receta o dispensa opio, morfina o cocaína con generosidad, el médico o farmacéutico es procesado por «conspiración para violar la ley Harrison», y así caerán presos casi 40.000 profesionales entre 1920 y 1930. Pero ya antes de cerrarse la década —cuando más de



80.000 personas cumplen penas de cárcel por este concepto— se perciben reacciones; el contrabando crece vertiginosamente, algunos policías son condenados por chantaje y el tipo previo de consumidor cambia: si antes era en su mayoría alguien de clase media y con más de cuarenta años, sin historial delictivo, ahora empieza a concentrarse en gente mucho más joven y pobre, con antecedentes penales y por eso mismo un mejor acceso al mercado negro.

5. El *Volstead Act*, que los europeos conocemos como ley Seca, entró en vigor a comienzos de 1920 con la expresa finalidad de «crear una nueva nación». El propio senador Volstead difundió ese día un mensaje a través de la prensa y la radio, donde entre otras cosas dijo:

Los barrios bajos serán pronto cosa del pasado. Las cárceles y correccionales quedarán vacíos. Todos los hombres volverán a caminar erguidos, sonreirán todas las mujeres y reirán todos los niños. Se cerraron para siempre las puertas del infierno.

Esta ley prescribía multa y prisión para la venta y fabricación de bebidas alcohólicas —seis meses para la primera infracción y cinco años para la siguiente—, así como el cierre durante un año de los locales donde se detectara consumo, salvo «el del vino para la santa misa». También se aceptaba un «uso médico» de alcoholes, previa inscripción del terapeuta en un registro especial, donde —por cierto— acabaron inscritos casi 100.000 médicos.

En 1932, a los doce años de su vigencia, el precepto ha creado medio millón de nuevos delincuentes y una corrupción en todos los niveles. Un 34 % de los *Prohibition*

*agents* tiene notas desfavorables en su expediente; un 11 % es culpable de «extorsión, robo, falsificación de datos, hurto, tráfico y perjurio». Dos ministros —el de Interior y el de Justicia— han sido condenados por conexiones con *gangs* y contrabando. Hay casi 30.000 personas muertas por beber alcohol metílico y otras destilaciones venenosas, y unas 100.000 con lesiones permanentes como ceguera o parálisis. Tres grandes «familias» —la judía, la irlandesa y la italiana— se reparten el monopolio de violar la ley Volstead, mientras los bebedores se ven en la disyuntiva de alimentar sus clandestinos *saloons* o acudir a algún médico para obtener una receta de whisky, coñac o vino, por un precio algo superior.

En 1933 se deroga la ley Seca, atendiendo a que ha producido «injusticia, hipocresía, criminalización de grandes sectores sociales, corrupción abrumadora y creación del crimen organizado». Las tres «familias», separadas hasta entonces por feroces rivalidades, acuerdan una política de coexistencia pacífica, aconsejable ante la inminente ruina que para ellas representa el fin de esta prohibición.

Es entonces cuando los jefes del gang judío y del italiano —M. Lansky y S. Luciano— estudian dedicarse a morfina y cocaína, aprovechando la prohibición vigente para esas drogas. La cocaína no sirve, porque ese mismo año acaba de comercializarse la anfetamina —un estimulante mucho más activo, de venta libre en farmacias—, y la morfina parece demasiado ligada aún a gente de orden. Pero el legislador americano ha decidido hacer muy poco ilegalizar la producción y venta de heroína —usada hasta ese momento como cura de opiómanos y morfinómanos—, y aquí encontrarán los desolados gángsteres su tabla de salvación.

## Índice

I. La Antigüedad remota .....	5
II. El mundo griego .....	13
III. El mundo romano .....	21
IV. El fin del paganismo .....	25
V. Islamismo y ebriedad .....	33
VI. Drogas, concupiscencia y satanismo .....	39
VII. El resurgir de la medicina .....	49
VIII. El descubrimiento de América .....	55
IX. El fin del viejo régimen y las guerras del opio .....	65
X. El siglo XIX .....	75
XI. La reacción antiliberal .....	85



Otras obras del autor en Alianza Editorial:

*Historia de las drogas* (LB 1384, 1393, 1404)